

LA VIDA CRISTIANA NORMAL

Ni To-Sheng (Watchman Nee)



CONTENIDO

Prólogo

- 1. La Sangre de Cristo**
- 2. La Cruz de Cristo**
- 3. Revelación y Experiencia Cristiana**
- 4. La Cruz – la Cresta Divisoria**
- 5. La Verdadera Naturaleza de la Consagración**
- 6. El Significado y el Valor de Romanos 7**
- 7. Andando en el Espíritu**
- 8. El Eterno Propósito de Dios**
- 9. Un Cuerpo en Cristo**

PRÓLOGO

Este libro, basado en la carta a los Romanos, tiene por tema central las palabras del apóstol Pablo, “**Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí**”. Nos anima a reconocer a Cristo como nuestro Rey, y a permitirle que ocupe su lugar en nosotros, en el ‘trono’ de nuestros corazones, que tan a menudo es usurpado por la ‘carne’.

Contiene un estudio acerca de las doctrinas básicas de nuestra salvación, del desarrollo espiritual y del hecho de la gloriosa manifestación de la vida de Cristo en el creyente; todo centrado en su Cruz.

Aquel que afronta el problema de una vida derrotada, encontrará aquí el mensaje que necesita, y la victoria de la que puede apropiarse.

Damos gracias a Dios por la buena acogida que recibieron las primeras ediciones del presente libro. Muchos han pedido que incluyéramos en esta los otros mensajes que figuran en la edición en inglés. Aunque no queríamos aumentar mucho el volumen de esta obra, con todo, hemos aprovechado la oportunidad para incluir explicaciones más detalladas sobre ciertos puntos, explicaciones dadas por el autor cuando hubo abordado el mismo tema en distintas ocasiones. Los otros mensajes que han traído bendición a muchas almas en diferentes partes del mundo, se han publicado por separado bajo el título de “La Cruz en la Vida Cristiana Normal”.

El hermano Ni To-Sheng - o Watchman Nee (versión inglesa de su nombre y apellido) - destacado obrero del Señor en la China, fue encarcelado por el gobierno, por causa de su testimonio de Cristo. Prisioneros liberados contaban que oían continuamente himnos de alabanza que procedían de su celda.

Por medio de estas páginas, semilla regada sin duda por las oraciones que también subían de esa celda, nuestro hermano nos llama a seguir en pos de Cristo, “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a Él en su muerte”, “sabiendo que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Fil. 3:10: Ro. 8:18).



Geofredo Rawling, 1961

1

LA SANGRE DE CRISTO

¿Cuál es la vida cristiana normal? Hacemos bien, al comienzo, en considerar cuidadosamente este tema. El objeto de estos estudios es demostrar que es algo muy diferente de la vida del cristiano común. Verdaderamente una consideración de la palabra de Dios - del ‘Sermón del Monte’, por ejemplo - debería conducirnos a preguntar si tal vida ha sido alguna vez vivida sobre la tierra, salvo únicamente por el Hijo de Dios mismo. Pero en esta última frase está precisamente la contestación a nuestra pregunta. El apóstol Pablo nos da su definición de la vida cristiana normal en Gálatas 2:20:

“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. He aquí su resumen de la vida cristiana: Yo ya no vivo más, sino Cristo vive su vida en mí. Solamente una respuesta tiene Dios para cada problema humano: su Hijo Cristo. En todo su proceder con nosotros, Él obra desplazándonos a nosotros y colocando a Cristo en nuestro lugar. El Hijo de Dios murió por nosotros para nuestro perdón. Él vive por nosotros para nuestra liberación. Así que, tenemos dos sustituciones: un Sustituto en la Cruz que asegura nuestro perdón, y un Sustituto en nosotros que asegura nuestra victoria.

Tomemos la carta a los Romanos como base al estudiar la vida cristiana normal, considerando nuestro tema desde el punto de vista experimental y práctico.

NUESTRO DOBLE PROBLEMA - PECADOS Y PECADO

Los primeros ocho capítulos de Romanos forman una unidad. En primer lugar, será de ayuda destacar que esta sección de Romanos se divide naturalmente en dos partes, y notar a la vez la sorprendente diferencia entre los temas de cada una de ellas. La primera termina en el verso 11 del capítulo 5 y la segunda en el fin del capítulo 8. La primera se dirige a los pecadores, y la segunda a los creyentes; y hay considerable diferencia entre las dos. Por ejemplo, en la primera sección se usa la palabra “pecados” repetidamente; en la segunda casi nunca. En la primera sección tenemos “pecados” en el plural; en la segunda tenemos “pecado” en singular.

¿Por qué es esto? Porque en la primera sección es cuestión de los pecados que he cometido ante Dios, que se pueden enumerar, mientras en la segunda es asunto del pecado como principio de vida en mí. No importa cuántos pecados cometo, es siempre el mismo principio de pecado que conduce a ellos. Lo primero necesita perdón, lo último liberación. Aunque alcance perdón por todos mis *pecados*, todavía por causa de mi condición de *pecador* no gozo de constante paz del alma.

Cuando al comienzo la luz divina penetra en mi corazón, mi único clamor es por perdón, porque reconozco que he cometido pecados a su vista; pero, una vez recibido el perdón de pecados, descubro algo nuevo, a saber, *el pecado*, y me doy cuenta que no sólo he cometido pecados delante de Dios sino que el mal está en mí. Hay una inclinación interior hacia el pecar, un poder que me lleva al pecado. Cuando ese poder me vence, cometo pecados. Puedo buscar y recibir perdón, pero luego peco de nuevo. Y así sigue la vida en un círculo vicioso, pecando y siendo perdonado, y volviendo a pecar. Aprecio el perdón divino, pero ansío algo más que eso: ¡Liberación! Necesitamos perdón por lo que hemos hecho, pero también necesitamos liberación de lo que somos.

EL REMEDIO DOBLE DE DIOS - LA SANGRE Y LA CRUZ

Así en estos primeros ocho capítulos de Romanos se nos presentan dos aspectos de la Salvación: Perdón de pecados y Liberación de pecado. Ahora debemos notar otra diferencia.

En la primera parte (3:25 y 5:9) se menciona la Sangre del Señor Jesús, pero nunca la Cruz. En la segunda parte, en el versículo 6 del capítulo 6, se introduce un nuevo tema: el ser “crucificado con Cristo”. La enseñanza de la primera parte se centraliza en aquel aspecto de la obra del Señor Jesús representado por “la Sangre” derramada para nuestra justificación por la “remisión de pecados”. Estos términos no se usan en la segunda sección, donde la enseñanza se centraliza ya en el aspecto de su obra representado por “la Cruz”, es decir, por nuestra unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección.

¿Por qué esa distinción? Es que la Sangre trata con todo aquello que nosotros hemos hecho, mientras que la Cruz procede con lo que nosotros mismos somos. La Sangre es para expiación, y tiene que ver con nuestra posición ante Dios y nuestro sentido de pecado. La Sangre puede quitar, remitir mis pecados, pero queda el “viejo hombre”. Se necesita la Cruz para crucificarme a mí, el pecador.

EL PROBLEMA DE NUESTROS PECADOS

“*Todos pecaron*” (Ro. 3:23).

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su Sangre, por Él seremos salvos de la ira” (Ro. 5:8-9).

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús; a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su Sangre, para manifestación de su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (Ro. 3:24-25).

Comenzamos, pues, con la preciosa Sangre del Señor Jesucristo y su valor para nosotros en tratar con nuestros pecados y justificamos a la vista de Dios. Más adelante en nuestro estudio tendremos razón de mirar detenidamente a la verdadera naturaleza de la caída del hombre y el modo de recuperarse. Ahora recordaremos que, cuando vino el pecado, encontró expresión en un acto de desobediencia a Dios. Y debemos recordar que, siempre que esto ocurre, lo que inmediatamente sigue es la conciencia de culpa.

El pecado entra como desobediencia para crear una separación entre el hombre y Dios. El hombre es separado de Dios, y ya no puede tener comunión con él, porque hay algo ahora que impide y es aquello que es bien conocido a través de las Escrituras bajo el título de “pecado”. Es Dios, en primer término, que dice “Todos están bajo pecado” (Ro. 3:9), entonces aquel pecado en el hombre, que en lo sucesivo constituye una barrera a su comunión con Dios, da lugar en él a un sentido de culpa, de alejamiento de Dios. Aquí es el hombre mismo quien, con la ayuda de su conciencia despierta, dice “He pecado” (Lc. 15:18). Pero más aún, el pecado provee a Satanás su motivo de acusación ante Dios, mientras que nuestro sentido de culpa le da su motivo de acusación en nuestros corazones; así que, en tercer lugar, es “el acusador de los hermanos” (Ap. 12:10), que ahora dice “Tú has pecado”.

Por consiguiente, para redimimos y volvemos al propósito de Dios, el Señor Jesús debía hacer algo acerca de estas tres cuestiones: el pecado, la conciencia de culpa y la acusación satánica contra nosotros. En primer término, correspondía tratar con nuestros pecados y esto fue efectuado por la preciosa Sangre de Cristo. Luego ha de tratar nuestra culpa, tranquilizando nuestra conciencia culpable, por la demostración del valor de aquella Sangre; y el ataque del enemigo tiene que ser afrontado y sus acusaciones contestadas.

En las Escrituras la Sangre de Cristo aparece operando en tres maneras: hacia Dios, hacia el hombre y hacia Satanás. Por consiguiente, hay una necesidad absoluta de apropiarse estos tres valores de la Sangre, si debemos seguir adelante. Miremos, pues, a estos tres asuntos más detenidamente.

LA SANGRE ES EN PRIMER TERMINO PARA DIOS

La Sangre es para expiación y tiene que ver primeramente con nuestra posición delante de Dios. Necesitamos perdón por los pecados que hemos cometido, para que no caigamos bajo juicio; y son perdonados, no porque Dios pasa por alto lo que hemos hecho, sino porque Él ve la Sangre. La Sangre, pues, no es primeramente para nosotros sino para Dios. Si quiero entender el valor de la Sangre debo aceptar la importancia que Dios le da, y si no conozco algo del valor atribuido a la Sangre por Dios, nunca sabré su valor para mí.

En el calendario del Antiguo Testamento, hay un día que tiene mucha importancia en el asunto de nuestros pecados: el Día de Expiación. Ninguna

cosa explica esta cuestión de pecados tan claramente como la descripción de aquel día.

En Levítico 16 encontramos que en el Día de Expiación se llevaba la sangre de la ofrenda por pecado al Lugar Santísimo, y allí era esparcida ante el Señor siete veces. Esto debemos entenderlo muy claramente. En aquel día la ofrenda por el pecado fue presentada públicamente sobre el altar en el atrio del tabernáculo.

Todo estaba a plena vista sobre el altar y podía ser visto por todos; pero el Señor mandó que ningún hombre entrara en el tabernáculo mismo aparte del sumo-sacerdote. Fue él solo quien tomó la sangre y, entrando en el Lugar Santísimo, la esparció para hacer expiación ante el Señor. ¿Por qué? Porque el sumo-sacerdote es una figura del Señor Jesús en su obra redentora (Hb. 9:11-12) y así, en representación, él era quien hacía la obra y ninguno, salvo él, pudiera, siquiera, acercarse para entrar. Aun más, agregado a su entrada, no había más que un solo acto, a saber, la presentación de la sangre a Dios como algo que Él había aceptado, algo en que El podía hallar satisfacción. Fue una transacción entre el sumo-sacerdote y Dios en el Lugar Santísimo, lejos de los ojos de los hombres que habían de beneficiarse por ella. El Señor lo requería.

La Sangre es, pues, en primer lugar, para Él. Ya anteriormente, en Éxodo 12 y 13, tenemos el derramamiento de la sangre del cordero pascual en Egipto, para la redención de Israel. Esta, pienso, es una de las mejores figuras en el Antiguo Testamento, de nuestra redención. La sangre fue puesta sobre el dintel y en los postes de la puerta mientras que la carne del cordero se comió dentro de la casa; y Dios dijo: “Veré la sangre, y pasaré de vosotros”. He aquí otra ilustración del hecho de que no era propósito que la sangre fuese presentada a nosotros sino a Dios, porque la sangre fue puesta en el dintel y en los postes donde los que hacían fiesta, dentro de la casa, no la verían. Es la santidad de Dios, la justicia de Dios, que demanda que una vida sin pecado sea sacrificada en beneficio del hombre. Hay vida en la Sangre, y aquella Sangre ha de derramarse por mí, por mis pecados.

Dios es el que requiere que sea así. Dios es aquel quien demanda que la Sangre sea presentada para satisfacer su propia justicia y es Él quien dice: “Veré la Sangre y pasaré de vosotros”. La Sangre de Cristo satisface perfectamente a Dios.

LA SANGRE Y EL ACCESO DEL CREYENTE

La Sangre ha satisfecho a Dios: también debe satisfacernos a nosotros.

Tiene, por consiguiente, un segundo valor que es para nosotros, los hombres - la limpieza de nuestra conciencia.

Cuando venimos a la epístola a los Hebreos, encontramos que la Sangre hace esto: “Purificados los corazones de mala conciencia” (Hb. 10:22). Esto es sumamente importante. Miremos cuidadosamente lo que dice. El escritor no nos dice que la Sangre del Señor Jesús limpia nuestros corazones, y punto...

Nos equivocamos si conectamos el corazón con la Sangre precisamente en ese modo. Puede mostrar un mal entendido de la esfera en que la Sangre opera, si oramos: “Señor, limpia mi corazón del pecado por tu Sangre”.

El corazón, dice Dios, es engañoso más que todas las cosas, y perverso (Jer. 17:9). Es excesivamente malo para poder ser limpiado, por tanto, Dios hace algo mejor: nos da uno nuevo. “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ez. 36:26). No lavamos y planchamos ropa que

estamos por tirar. Así, veremos que la carne es demasiado mala para ser limpiada; debe ser crucificada.

No, no encuentro que se diga que la Sangre limpie nuestros corazones. Es verdad que aquí, en Hebreos 10, la obra purificadora de la Sangre tiene referencia al corazón, pero esto es en relación a la conciencia. ¿Cuál es, entonces, el significado de esto? Quiere decir que hay algo que intervenía entre mí mismo y Dios y, como resultado de esto, tenía yo mala conciencia cuando buscaba acercarme a Él. Siempre me recordaba de la barrera que existía entre Él y yo. Pero ahora, por la operación de la preciosa Sangre, algo nuevo ha sido efectuado que ha quitado aquella barrera, y Dios me ha hecho conocer aquel hecho por su Palabra. Cuando eso ha sido creído y aceptado, mi conciencia inmediatamente es aliviada y mi sentido de culpa quitado, y no tengo más mala conciencia hacia Dios.

Cada uno de nosotros sabe cuán precioso es tener una conciencia libre de ofensa en nuestro trato con Dios. Un corazón de fe y una conciencia libre de cualquiera y cada acusación son ambos igualmente esenciales para nosotros, ya que son interdependientes. Tan pronto como encontremos que nuestra conciencia está intranquila, nuestra fe se debilita e inmediatamente encontramos que no podemos mirar a Dios cara a cara. Y para poder seguir andando con Dios debemos conocer, día tras día, el valor de la Sangre. Dios lleva cuentas cortas: somos hechos cercanos por la Sangre cada día, cada hora y cada minuto. Nunca pierde su eficacia como nuestro terreno de acceso, si de voluntad nos apropiamos de ello. Cuando entramos en el 'Lugar Santísimo', ¿por qué terreno osamos entrar, sino por la Sangre? Pero quiero preguntarme: ¿estoy verdaderamente buscando la entrada en el Lugar Santísimo por la Sangre, o por alguna otra cosa? Y ¿qué quiero decir cuando digo "por la Sangre"?

Quiero decir, sencillamente, que reconozco mis pecados, que confieso que tengo necesidad de limpieza y de expiación, y que vengo a Dios sobre la base de la obra terminada del Señor Jesús.

Cuando me acerco a Dios, lo hago únicamente por medio de sus méritos y nunca en base a mis obras; nunca, por ejemplo, en base de que hoy haya sido más amable o paciente que ayer, o porque haya hecho algo para el Señor esta mañana. Cada vez que me acerco a Él tengo que venir por medio de la Sangre. La tentación para tantos de nosotros cuando tratamos de acercarnos a Dios es de pensar que Él ha de presentarnos *nuevas* normas, y que sólo por alcanzar estas podremos tener una conciencia limpia delante de Él. ¡No! Una conciencia limpia nunca se basa sobre nuestro alcance espiritual; sólo puede basarse en la obra del Señor Jesús en el derramamiento de su Sangre.

Puedo estar equivocado, pero siento muy hondamente que algunos estamos pensando en términos como éstos: "Hoy he sido un poco más cuidadoso; hoy he estado obrando un poco mejor; esta mañana he estado leyendo la Palabra con más fervor, así que hoy puedo orar mejor". O bien, "Hoy he tenido algunos contratiempos con mi familia; empecé el día un poco triste y malhumorado; en realidad no me siento muy animado, parece que algo anda mal, por tanto, no me puedo acercar a Dios".

Pero, ¿cuál es, después de todo, la base de tu acercamiento a Dios? ¿Vienes a Él estribando en la insegura base de tus emociones, sintiendo que hoy has logrado algo para Dios? ¿O te acercas a Él basado en algo mucho más firme, en el hecho de que la Sangre ha sido ya derramada y que Dios mira a esa Sangre y está satisfecho? Por supuesto, de existir la mínima posibilidad de

que la Sangre sufriera algún cambio, la base de tu acercamiento a Dios no sería digna de confianza. Pero es que la Sangre nunca ha cambiado ni cambiará. Tu acercamiento a Dios, por tanto, debe ser siempre en plena certidumbre. Cualquiera que fuera tu medida de alcance hoy, ayer o el día anterior, tan pronto hagas un movimiento para entrar en el Lugar Santísimo, inmediatamente debes tomar tu posición sobre el único terreno seguro, el de la Sangre derramada. Si has tenido un buen día o un mal día, o si has pecado conscientemente o no, tu base de acercamiento es siempre la misma: ¡la Sangre de Cristo! Este es el terreno sobre el cual puedes entrar, y no hay otro.

Como con muchas otras etapas de nuestra experiencia cristiana, este asunto de acceso a Dios tiene dos fases, una inicial y otra progresiva. La primera nos es presentada en Efesios 2, y la última en Hebreos 10. En primer lugar, nuestra posición con Dios es asegurada por la Sangre, porque somos “hechos cercanos por la Sangre de Cristo” (Ef. 2:13), pero después, nuestro terreno de continuo acceso es siempre la Sangre, como nos exhorta el apóstol: “Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la Sangre de Jesucristo..., *acerquémonos...*” (Hb. 10:19, 22).

Para comenzar, soy hecho cercano por la Sangre, y para continuar, en esta nueva relación, acudo mediante la Sangre. No es que fui salvo sobre una base y ahora debo mantener mi comunión sobre otra. Tú dices: “Eso es muy sencillo; es el abecedario del Evangelio”. Sí, pero lo malo es que muchos nos hemos apartado del abecedario. Pensamos que hemos progresado y que ya no nos hace falta, pero eso nunca es así. ¡No! Mi acercamiento inicial a Dios es por la Sangre, y cada vez que vengo ante Él, es lo mismo. Hasta el fin será siempre y únicamente sobre el terreno de la Sangre.

Esto no significa en ninguna manera que vivamos una vida descuidada, porque pronto estudiaremos otro aspecto de la muerte de Cristo que nos demuestra que se contempla cualquier cosa menos esa. Pero por el momento basta que estemos satisfechos con la Sangre, que allí está y que es suficiente. Nosotros podemos ser débiles, pero el contemplar nuestra debilidad nunca nos hará fuertes. El andar compungidos y el hacer penitencias no nos harán ni un poco más santos. No hay ayuda por ese lado. Por tanto, tengamos confianza cuando nos acercamos, en virtud de la Sangre:

“Señor, no entiendo cabalmente cuál es el valor de la Sangre, pero sé que ella te ha satisfecho; luego, la Sangre es suficiente para mí, y mi única base. Comprendo ahora que no hace al caso si he progresado o si he logrado algo o no. Ahora sé que cuando me acerque a Ti, será siempre en base a la preciosa Sangre.”

Es así como nuestra conciencia estará realmente limpia delante de Dios. Ninguna conciencia podría estar limpia *aparte* de la Sangre. Es la Sangre la que da confianza. “No tendrían ya más conciencia de pecado”; son las tremendas palabras de Hebreos 10:2. Somos purificados de todo pecado, y en verdad podemos repetir con Pablo: “Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado” (Ro. 4:8; Sal. 32:2).

VENCIENDO AL ACUSADOR

En vista de lo que hemos dicho podemos ahora volver a encarar al enemigo, porque hay otro aspecto de la Sangre que es hacia Satanás. La estratégica actividad satánica hoy en día es la de ‘acusador de los hermanos’ (Ap.

12:10), y es así que nuestro Señor le afronta con su ministerio especial, como Sumo-sacerdote “por su propia Sangre” (Hb. 9:12).

Recordemos aquel versículo: “La Sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de *todo* pecado” (1ª Jn. 1:7). No solamente en el sentido general, sino cada pecado uno por uno: y ¿qué significa? ¡Es una cosa maravillosa! Dios está en luz, y al andar en la luz con Él, todo está expuesto y abierto a aquella luz. Así que, Dios puede verlo todo, y *aun así* la Sangre puede librar de todo pecado. ¡Qué limpieza! No es que yo no tenga un profundo conocimiento de mí mismo, ni que Dios no me conozca perfectamente. No es que yo trate de esconder algo, ni que Dios procure pasar algo por alto. ¡Nada de esto! Es que Él está en la luz y yo también estoy en la luz, y que allí la preciosa Sangre me limpia de *todo* pecado. ¡La Sangre basta para esto!

Algunos de nosotros, oprimidos por nuestra debilidad podemos a veces haber sido tentados a pensar que hay pecados que son casi imperdonables. Recordemos la Palabra: “La Sangre de Jesucristo nos limpia de *todo* pecado”. Pecados grandes y chicos, pecados que yo crea puedan ser perdonados y pecados que parezcan imperdonables; sí, todo pecado, consciente o inconsciente, recordados u olvidados, son incluidos en aquellas palabras: “*todo pecado*”.

“La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado”, y lo hace así porque en primer lugar satisface a Dios. Ya que Dios, viendo todos nuestros pecados en la luz, puede perdonarlos sobre la base de la Sangre, ¿qué terreno de acusación tiene Satanás? Satanás puede acusarnos delante de Él, pero “**si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros?**” (Ro. 8:31). Dios le indica la Sangre de su amado Hijo, Es la contestación suficiente contra la cual Satanás **no** tiene apelación.

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:33-34).

Así que, aquí, de nuevo, nuestra necesidad es reconocer la absoluta suficiencia de la preciosa Sangre. “Cristo, Sumo Sacerdote... por su propia Sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (Hb. 9:11-12). Él fue Redentor una vez. Él ha sido Sumo-sacerdote y Abogado por casi dos mil años. Está allí en la presencia de Dios y “**Él es la propiciación por nuestros pecados**” (1ª Jn. 2:1-2). Notad las palabras de Hebreos 9:14, “¿**Cuánto más** la Sangre de Cristo...?” Subrayan la suficiencia de su ministerio. Basta para Dios.

¿Qué, pues, de nuestra actitud frente a Satanás? Esto es importante, porque nos acusa no solamente delante de Dios sino también en nuestras propias conciencias. “Tú has pecado y sigues pecando. Eres débil y Dios no puede hacer más contigo.” Este es su argumento, y nuestra tentación es de mirar adentro y, en defensa propia, tratar de encontrar en nosotros mismos, en nuestros sentimientos o nuestro comportamiento, algún terreno para creer que Satanás está equivocado. Alternativamente, somos tentados a admitir nuestra incapacidad y, yendo al otro extremo, ceder a la depresión y desesperación.

Así la acusación viene a ser una de las mayores y más efectivas armas de Satanás. Él llama nuestra atención a nuestros pecados y trata de acusarnos delante de Dios, y si aceptamos su acusación, caemos inmediatamente. En la práctica ocurre que aceptamos muy fácilmente la acusación de Satanás. La

razón está en que aún nos aferramos a la esperanza de tener alguna justicia propia en nosotros mismos. La base de esta esperanza está errada. Dios puede muy bien tratar con nuestros pecados; pero no podrá hacerlo con el hombre que acepta la acusación de Satanás, porque el tal no está confiando en la Sangre. Nuestra salvación se encuentra en poner la vista en el Señor Jesús y ver que la Sangre del Cordero ha afrontado toda la situación creada por nuestros pecados y la ha contestado.

Aquel es el segundo fundamento sobre el cual estamos. Nunca debemos procurar contestar a Satanás con nuestra buena conducta, sino siempre con la Sangre. Sí, somos pecaminosos, pero ¡alabado sea Dios!, la Sangre **nos limpia de todo pecado**. Dios mira la Sangre por la cual su Hijo ha contestado la acusación, y Satanás no tiene ya terreno de ataque. Nuestra fe en la preciosa Sangre, y nuestra negación a ser mudados de aquella posición, es lo único que puede silenciar sus acusaciones y ponerle en derrota (Ro. 8:33-34); y así será hasta el fin (Ap. 12:11).

¡Oh, qué emancipación si viéramos más del valor, a la vista de Dios, de la preciosa Sangre de su amado Hijo!

2

LA CRUZ DE CRISTO

Hemos visto que los capítulos 1 a 8 de Romanos se dividen en dos secciones: en la primera tenemos la Sangre para expiar lo que *hemos hecho*, y en la segunda tenemos la Cruz para tratar con lo que *somos*. No sólo necesitamos la Sangre, para perdón, sino también la Cruz, para liberación.

ALGUNAS DISTINCIONES ADICIONALES

Además, se mencionan dos diferentes aspectos de la resurrección en estas dos secciones, en los capítulos 4 y 6. En Romanos 4:25 se menciona la resurrección como prueba de nuestra justificación: “Jesús, Señor nuestro..., fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación”. Aquí se trata de nuestra posición ante Dios. Pero en el capítulo 6, versículo 4, la resurrección se menciona como una comunicación de vida a fin de que andemos en santidad:

“A fin de que como Cristo resucitó de los muertos..., así también nosotros **andemos en vida nueva.**” Aquí se trata de nuestra conducta.

La paz es tratada en ambas secciones, en los capítulos 5 y 8 respectivamente. ¿A qué clase de paz se refiere Romanos 5:1? Paz *con* Dios: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Ahora que tengo el perdón de pecados, Dios no me será más causa de preocupación y terror. Yo que era un enemigo de Dios he sido reconciliado por la muerte de su Hijo (Ro. 5:10), pero muy pronto encuentro que yo mismo voy a ser gran causa de preocupación. Aún hay desasosiego dentro de mí porque hay algo que me lleva al pecado. Hay paz con Dios, pero no conmigo mismo. Hay guerra en mi propio corazón. Esta condición está bien descrita en Romanos 7, donde se ve que la carne y el Espíritu están en conflicto mortal dentro de mí. Pero de aquí el argumento nos lleva al capítulo 8, donde se nos destaca la paz interior producida, por un andar en el Espíritu. “La mente carnal es muerte, porque es enemistad contra Dios”, pero la mente del Espíritu “es vida y paz” (Ro. 8:6-7).

Investigando más, hallamos que la primera mitad de la sección, trata de la justificación (ver ejemplo, Ro. 3:24-26; 4:5, 25), en tanto que la segunda

mitad, tiene como tema principal la santificación (ver Ro. 6:19, 22). Cuando conocemos la preciosa verdad de la justificación por la fe, conocemos apenas la mitad de la verdad. Sólo hemos solucionado el problema de nuestra posición delante de Dios. A medida que avanzamos, Dios tiene algo más que ofrecemos, esto es, la solución del problema de nuestra conducta; y el pensamiento que se desarrolla en estos capítulos sirve para enfatizar este punto. En cada caso, el segundo paso sigue al primero, y si sólo conocemos el primero, estamos viviendo una vida cristiana *subnormal*. Pero entonces ¿cómo podremos vivir una vida cristiana *normal*? ¿Cómo entraremos en esta vida?

Por supuesto debemos, en primer lugar, tener el perdón de nuestros pecados, necesitamos la justificación, debemos tener paz con Dios: estas constituyen nuestro fundamento esencial.

Pero una vez establecida esta base por medio de nuestro primer acto de fe en Cristo, se desprende claramente, de lo que ya se ha dicho, que debemos seguir adelante, que hay algo más. Vemos que la Sangre trata con nuestros pecados. En el Calvario, el Señor Jesús los llevó por nosotros como nuestro Sustituto y así obtuvo nuestro perdón, justificación y reconciliación. Pero debemos dar otro paso en el plan de Dios para entender cómo Él trata con la raíz de esos pecados.

EL ESTADO DEL HOMBRE POR NATURALEZA

Llegamos así a Romanos 5:12-21. En este gran pasaje, la gracia se contrasta con el pecado y la obediencia de Cristo se contrapone a la desobediencia de Adán. Está al principio de la sección de Romanos (5:12 a 8:39) de la que nos ocuparemos ahora, y su argumento nos lleva a una conclusión que constituye el fundamento de nuestras próximas meditaciones.

¿Cuál es? Se halla en el verso 19: “Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”. Aquí el Espíritu de Dios trata de mostrarnos lo que somos y luego cómo llegamos a ser lo que somos.

Al comienzo de nuestra vida cristiana sólo nos preocupa lo que hacemos, no lo que somos; nos aflige lo que hemos hecho. Pensamos que si pudiéramos rectificar ciertas cosas seríamos buenos cristianos, y así tratamos de cambiar nuestras acciones. Pero el resultado no es lo que esperábamos. Descubrimos, asombrados, que es algo más que una cosa molesta que viene de afuera, es una situación mala en nuestro interior. Tratamos de agradar al Señor, pero encontramos que hay algo en nosotros que no quiere hacerlo. Tratamos de ser humildes, pero hay algo en nuestro ser que rehúsa serlo. Tratamos de ser amables, pero adentro somos lo contrario. Nos sonreímos y tratamos de parecer muy simpáticos, pero en realidad, de corazón, sentimos lo opuesto. Cuanto más tratamos de remediar todo esto exteriormente, tanto más nos damos cuenta de cuán arraigado está el mal adentro. Entonces venimos al Señor y le decimos: “Señor, no sólo lo que he hecho es malo, sino que descubro que yo mismo soy malo”. Sí. Ahora comenzamos a entender aquella conclusión de Romanos 5:19. *Somos* pecadores.

“EN ADÁN” Y “EN CRISTO”

Así, en Romanos, Pablo trata primeramente de mostrarnos lo que hemos hecho, y entonces trata de mostrarnos lo que somos. Las expresiones “en Adán” y “en Cristo” son muy poco entendidas por los creyentes. Somos

todos nacidos “en Adán”. Somos todos constituidos pecadores. Somos miembros de una raza de seres que no son constitucionalmente lo que Dios quiso que fuesen. A causa de la caída tuvo lugar un cambio fundamental en la naturaleza de Adán por el que se convirtió en pecador, vale decir, ‘uno constitucionalmente imposibilitado de agradar a Dios’; y, como hijos suyos, todos nos parecemos a él no sólo en lo exterior sino también en lo interior. ¿Y cómo vino a ser todo esto? Por la desobediencia de un hombre. La enseñanza bíblica no es que somos pecadores porque cometemos pecados, sino que pecamos porque somos pecadores. Somos pecadores por naturaleza antes que por acción. Como Romanos 5:19 lo expresa: “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos (hechos) pecadores”. Mi apellido es ‘Ni’. Yo no me lo elegí: No leí una lista de posibles apellidos para elegir este. Que mi apellido sea Ni, no es asunto mío, y no puedo cambiarlo. Tengo el apellido Ni porque mi padre es Ni, y él es Ni porque mi abuelo tuvo ese apellido. Si me comporto como Ni, soy Ni; si *no* lo hago, sigo siendo Ni. Si fuera elevado a ser presidente de la República, siempre seguiré con el mismo apellido; o si fuera rebajado a ser indigente, siempre seré Ni. Nada que yo haga o deje de hacer cambiará mi apellido Ni. Somos constituidos pecadores, no por los pecados que cometemos, sino por estar *en Adán*. Todos nosotros pecamos *antes* de nacer, porque estábamos “en Adán” cuando él pecó. Si tu abuelo hubiera muerto a los tres años de edad, ¿dónde estarías tú? ¡Habrías muerto en él! Tu experiencia estuvo envuelta en la de él. Nosotros estuvimos envueltos en el pecado de Adán, y, por nacer “en Adán”, recibimos todo aquello que es de Adán. ¿Observas la unidad de la vida humana? Nuestra vida viene de Adán. Nuestra existencia viene de él, y porque su vida fue pecaminosa, tal es la nuestra. Así que, la dificultad es por herencia y no por nuestro comportamiento. A menos que podamos cambiar nuestra parentela, no hay rescate que valga: y así, precisamente, es cómo Dios resolvió la cosa.

En Romanos 5 se nos cuenta, no solamente algo acerca de Adán, sino también acerca del Señor Jesús: “Porque así como por la desobediencia de *un hombre* los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de *uno*, los muchos serán constituidos justos” (Ro. 5:19). Fuimos hechos pecadores por causa de Adán, pero constituidos justos por causa de Cristo. Por uno, pecadores; por otro, justos. Cuando murió el Señor Jesús, hizo cesar toda vida en Adán; cuando resucitó nos impartió *nueva* vida. “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que, así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo Señor nuestro” (Ro. 5:20-21).

LA MANERA DIVINA DE LIBRAR

Claramente Dios propone que esta consideración nos lleve a experimentar la liberación del pecado. Esto, Pablo lo aclara al principio del capítulo 6 con la pregunta: “¿Perseveraremos en pecado?” Su ser entero rechaza la mera sugestión. ‘**En ninguna manera**’, exclama el apóstol. ¿Cómo puede un Dios santo estar satisfecho con hijos impíos, esclavos del pecado? Así, pues, “¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:1-2). Dios, por tanto, ha hecho provisión adecuada para que seamos librados del dominio del pecado.

He aquí nuestro problema. Nacimos pecadores; ¿cómo, pues, podremos separarnos de nuestra herencia pecaminosa? Entendiendo que nacimos en Adán, ¿cómo separarnos de Adán?

Aquí me apresuro a aclarar que la Sangre no nos puede separar de Adán. Hay un solo camino. Ya que entramos por nacimiento, es evidente que saldremos por muerte. Para separarnos de nuestra tendencia pecaminosa, debemos separarnos de nuestra vida.

La esclavitud al pecado vino por nacimiento; la liberación del pecado viene por muerte, y es precisamente este el medio de escape que Dios ha provisto. La muerte es el secreto de la emancipación - “Muertos al pecado” (Ro. 6:1,11).

Pero ¿cómo morir? Algunos de nosotros hemos tratado afanosamente de librarnos de esta vida, pero la encontramos muy tenaz. ¿Cuál es la solución? No es tratar de matarnos, sino de reconocer que *Dios nos ha juzgado “en Cristo”* - “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Ro. 6:3).

Entonces, si Dios ha tratado con nosotros “en Cristo Jesús”, ¿cómo entramos en Cristo? No tenemos modo de entrar, pero **no** necesitamos *tratar* de entrar, ¡pues, ya estamos! Lo que no pudimos hacer nosotros, Dios ha hecho a nuestro favor: Él nos ha puesto en Cristo. ¡Alabado sea Dios!, no se dejó que nosotros descubriéramos el camino, ni que lo hiciéramos. “**Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús**” (1ª Co. 1:30). No necesitamos quebrarnos la cabeza, pensando en cómo entrar. Dios ya lo pensó, y también lo llevó a cabo. Ya hemos entrado y, por consiguiente, no necesitamos *tratar* de entrar. Es un hecho divino, y es cosa terminada.

Propongo una ilustración: pongo un billete de banco en mi Biblia. La Biblia y el billete son dos cosas distintas, pero si decido remitir mi Biblia a una lejana tierra, ¿puede esa Biblia ir sin el billete? Es evidente que donde va la Biblia, va el billete; y lo que le pasa con la Biblia, pasará con el billete, porque está *en ella*. “**Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús**”.

Dios nos ha puesto en Cristo, y en su proceder con Cristo, ha procedido con la humanidad entera. Nuestro destino está ligado con el suyo, y lo que pasó con Él, pasó también con nosotros. Cuando Cristo fue crucificado, nosotros también; y su crucifixión fue en el pasado. Por lo tanto, la nuestra no puede ser futura. ¿Quién puede mostrarme un solo versículo en el Nuevo Testamento que diga que la crucifixión es cosa del futuro? Fuimos crucificados cuando lo fue Él, pues Dios nos puso en Él. Que hemos muerto en Cristo no es una mera posición doctrinal, sino una verdad, un hecho eterno. “Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados **en su muerte**” (Ro. 6:3). Estar “en Cristo” es equivalente a haber sido identificados con Él, en su muerte y en su resurrección. La Cruz es el poder de Dios que nos traslada, *de Adán a Cristo*.

UNA NUEVA CREACIÓN

La muerte del Señor Jesús es inclusiva - incluye al creyente - y también es inclusiva su resurrección. En 1ª Corintios 15:45-47 encontramos dos notables nombres o títulos del Señor Jesús. Se nos dice que fue el “último Adán” y el “segundo hombre”. Las Escrituras no le mencionan como el *segundo* Adán sino el “último Adán”; ni se refieren a Él como el último hombre, sino el “segundo hombre”. Es importante notar esto, pues, encierra una verdad de gran valor.

Como el “último Adán”, Él es la suma total de la humanidad; como el “segundo hombre”, es la Cabeza de una *nueva* ‘humanidad’. Como el ‘último Adán’, reúne en sí mismo **todo** aquello que estaba en Adán. Como el ‘segundo hombre’ - habiendo por su Cruz quitado el primer hombre en quien el propósito de Dios fue malogrado - presenta *otro* hombre en quien aquel propósito es plenamente llevado a cabo.

Cuando fue crucificado, lo fue en el carácter del ‘último Adán’: todo aquello que estaba en el ‘primer Adán’ fue quitado. Nosotros todos fuimos incluidos en su muerte. Como el ‘último Adán’, Él quita la humanidad antigua, y como el ‘segundo hombre’, Él presenta una nueva humanidad. En su resurrección está en pie como el ‘segundo hombre’. Morimos en Él como el ‘último Adán’; vivimos en Él como el ‘segundo hombre’. Nuestra antigua historia finaliza con la Cruz; nuestra nueva historia comienza con la resurrección. “De modo que, si alguno está **en Cristo**, nueva criatura (creación) es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2ª Co. 5:15-17). Por la Cruz, Dios liquidó toda la antigua creación, pero - de la muerte en la resurrección - surge una nueva creación en Cristo, el ‘segundo hombre’. Si estamos “en Adán”, todo lo que está “en Adán” viene a ser nuestro – inevitablemente - y sin ningún esfuerzo nuestro. No hay necesidad de hacer esfuerzo alguno para perder la paciencia o cometer cualquier otro pecado; estas cosas suceden, y esto, a pesar nuestro. Así también, si estamos “en Cristo” todo lo que está ‘en Cristo’ nos viene por gracia, sin esfuerzo alguno de nuestra parte, sobre la base de la fe sencilla.

La vida cristiana es nada menos que la vida de Cristo. Es la propia vida de Cristo reproducida en nosotros. “Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención” (1ª Co. 1:30). El concepto común de la santificación es que cada parte de nuestra vida debería ser santa; pero eso no es santidad - es el fruto de la santidad -. La santidad es Cristo. Cuando somos conscientes de orgullo, nos imaginamos que la humildad llenará nuestra necesidad; pero la contestación al orgullo no es la humildad; ¡es Cristo! Y Cristo es la contestación para cada necesidad. Dios nos ha dado su Hijo para ser nuestra vida, y sólo necesitamos estar “en Cristo” para que todo lo que es de Cristo venga a ser nuestro. Hay una sola ‘vida cristiana’, y ésta es *la vida de Cristo*. Nunca se me exige imitar aquella Vida, pero sí, por fe, permitir a Cristo que la viva en mí. “**Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí**” (Gá. 2:20).

3

REVELACION y EXPERIENCIA VERDADERA

Decir que todo lo que necesitamos nos llega a través de Cristo, de pura gracia, aunque verdad, puede parecer un poco irreal. ¿Cómo se llega a realizar en la práctica? ¿Cómo viene a ser real en nuestra experiencia? Si preguntamos a un grupo de creyentes que han entrado en ‘la vida cristiana normal’, sobre cómo llegaron a esa experiencia, algunos contestarán que fue en *tal* manera, otros en *otra* manera. Cada cual acentúa su propia manera de haber entrado en esa vida y cita versos bíblicos que apoyan lo que experimentó. Lamentable es que muchos usan sus experiencias y sus citas especiales *en contra* de otros creyentes. El hecho es que mientras que los creyentes puedan entrar en la vida más profunda por varios conductos, no es necesario que consideremos las experiencias o

doctrinas presentadas como en pugna entre sí, sino más bien como complementos, la una de la otra.

Una cosa es cierta, que toda experiencia de valor para Dios tiene que haber sido alcanzada por medio de un nuevo descubrimiento del significado de la Persona y de la obra del Señor Jesús. Esta es una prueba crucial y segura. Veremos cómo Pablo hace que todo dependa de tal descubrimiento.

A medida que estudiamos los capítulos 6, 7 y 8 de Romanos encontraremos que las condiciones para vivir 'la vida cristiana normal' son cuatro:

- (a) Saber,
- (b) Contar,
- (c) Presentarse a Dios, y
- (d) Andar en el Espíritu;

y se dan en ese orden. Si queremos vivir la vida cristiana normal tendremos que dar estos cuatro pasos; no uno ni dos, ni tres de ellos, sino los cuatro.

Mientras vamos estudiando cada uno de los cuatro, confiemos en que el Señor por medio de su Santo Espíritu nos ilumine el entendimiento, y busquemos su ayuda ahora para tomar el primer gran paso hacia adelante.

EL PRIMER PASO: “SABIENDO ESTO...”

Algunos de vosotros, en época de incredulidad, habréis tratado de salvaros. Leíais la Biblia, orabais, asistíais a reuniones, contribuíais en las ofrendas. Luego vino el día cuando se os abrieron los ojos y visteis que una plena salvación ya había sido provista en la Cruz... La aceptasteis sencillamente, agradecisteis al Señor, y la paz y el gozo fluyeron al corazón.

Ahora bien, la salvación y la santificación operan sobre la misma base. Se recibe la liberación en la misma manera como el perdón de pecados.

Posiblemente se ha tratado de ejercer control sobre uno mismo, y reformarse, y eso durante años, pero todo en vano. Cuando se ve la verdad, se dejará de hacer cosa alguna. La revelación detiene todo esfuerzo humano. En su carta a los Romanos dijo Pablo: **“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”** (Ro. 6:6). “¿Sabéis esto?”

Todo el asunto de la liberación comienza con el *saber*. Sin ese 'saber', no se puede tener liberación.

La vida cristiana normal debe comenzar con un “saber” muy definido; no meramente saber algo de la verdad, no meramente entender alguna doctrina, no un mero conocimiento intelectual, sino un despertar del corazón para ver lo que tenemos en Cristo. Cuando se ha visto, entonces **se sabe** sin posibilidad de duda.

Romanos 6:1-11 demuestra que la muerte del Señor Jesús es inclusiva, pues en su muerte **todos** morimos. Ninguno puede progresar espiritualmente sin entender esto. Si no hemos *visto* como Él llevó nuestros pecados en la Cruz, no poseemos la justificación; y si no le hemos visto llevándonos *a nosotros* en la Cruz, carecemos de la santificación. No sólo han sido puestos *nuestros pecados* sobre Él, sino que *nosotros mismos* hemos sido puestos en Él.

¿Cómo obtuviste tú el perdón? Te diste cuenta que el Señor Jesús murió y llevó tus pecados en sí mismo, que su Sangre fue derramada para quitar *tu* contaminación. Cuando viste tus pecados todos quitados en la Cruz, ¿qué hiciste? ¿Oraste? ¿Dijiste: “Señor Jesús, ven y muere por mis pecados”? No, no oraste eso, sino que le agradeciste. No le rogaste que venga y muera por ti, sino que le agradeciste porque *ya había* muerto en tu lugar. Ahora bien, lo que es cierto de tu perdón, lo es también de tu liberación. La obra está “consumada”; por consiguiente, no hay necesidad de orar, pero, sí, de

alabar. Dios nos ha puesto, a todos, *en Cristo*, de modo que cuando Cristo fue crucificado, lo fuimos nosotros también. Es cosa terminada. Así que, no hay necesidad de rogar: “Soy una persona mala; Señor, haz el favor de crucificarme”. Es toda una equivocación. No oraste de forma similar acerca de tus pecados; entonces, pues, ¿por qué orar acerca de ti mismo? Tus pecados fueron expiados por su Sangre; y por su Cruz, fue deshecha tu naturaleza pecaminosa. Es cosa terminada. Todo lo que falta hacer es alabar al Señor. Cuando Cristo murió, moriste tú; moriste en Él. Alábele por esto y vive en la luz de esta verdad. “Entonces creyeron a sus palabras, y cantaron su alabanza” (Sal. 106:12).

¿Confías tú en la muerte del Señor? Naturalmente que sí. Bien, la misma Escritura que dice que murió por nosotros, explica que *nosotros* morimos con Él. Primero dice “Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8), y luego “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él” (Ro. 6:6). Yo confío en la muerte del Señor Jesús, y confío en mi propia muerte, tan positivamente como confío en la de Él.

¿Por qué crees que murió el Señor Jesús? ¿Porque lo sientes? No, nunca lo has sentido. Crees que murió porque Dios lo declara como verdad. ¿Cómo sabes que fueron crucificados los ladrones? Porque así lo dice la Palabra de Dios. Tú crees en la muerte del Señor y tú crees en la muerte de los ladrones: ahora ¿qué de tu muerte? ¿Has muerto tú? ¿Cómo podrás saber esto? Lo podrás saber por la sencilla razón de que Dios lo ha dicho. Si *sientes* que Cristo haya muerto, Él murió; y si *no* lo sientes, *igualmente* Él murió. Si *sientes* o no que tú hayas muerto, moriste; y si *no* lo sientes, igual moriste. Estos son hechos divinos. Que Cristo ha muerto es un hecho; que los ladrones han muerto *también* es hecho verídico, como *también* que tú moriste.

Permíteme informarte que tú has muerto. ¡Estás acabado del todo! ¡Estás excluido! Ese 'yo' tuyo - que odias - está en Cristo, sobre la Cruz. Y “el que ha muerto al pecado, libertado está del pecado” (Ro. 6:7-VM). Esto es el Evangelio para los creyentes.

LA NECESIDAD DE ESTA REVELACION DIVINA

No puede hacerse efectiva nuestra crucifixión por voluntad o esfuerzo nuestro, sino sólo por abrazar lo que hizo el Señor Jesús en la Cruz. Es necesario que nuestros ojos sean abiertos para ver la obra consumada del Calvario.

Después de mi conversión, estudié las Escrituras y supe que el Señor había muerto, y me di cuenta que yo también debería morir; porque era demasiado malo para seguir viviendo.

Así que traté de morir, traté de vivir como si hubiera muerto. ¿Con qué resultado? El mismo antiguo mal genio, los mismos antiguos pecados; *no* había liberación.

Durante siete años después de convertido, a pesar de todos mis esfuerzos, no pude entrar en la experiencia de la muerte de Cristo. Cuanto más me consideraba muerto al pecado, tanto más parecía estar vivo. Me era imposible considerarme muerto, y no podía producir la muerte.

Cada vez que solicitaba ayuda de otros, me decían que leyera Romanos 6:11, y cuanto más leía este verso y procuraba “considerarme muerto”, más lejos parecía estar de serlo: no podía lograrlo. Comprendía cabalmente la enseñanza de que debía considerarme muerto, pero no podía entender por qué no veía resultado alguno de ello. Debo confesar que por meses estuve

muy preocupado. Le dije al Señor: “Si esto no está claro, si no puedo llegar a ver esto, cosa tan fundamental, lo dejaré todo, no predicaré más, no saldré más a servirte; quiero primero comprender bien esto. Durante meses estuve buscando, a veces con ayunos, pero sin lograr nada.

Recuerdo que una mañana - esa fue una mañana de verdad que nunca podré olvidar -, estaba yo sentado, leyendo en mi escritorio la Palabra, y orando. Recuerdo que pedí: “Señor, abre mis ojos”, y repentinamente lo vi todo. Vi que estaba yo identificado con Cristo. Vi que estaba en Él, y que la cuestión de mi muerte era un asunto ya resuelto en el pasado, y *no* del futuro. Vi que yo estaba en Él cuando Él murió. Todo se me había aclarado. Tanto gozo me produjo este tremendo descubrimiento, que salté de la silla y grité, “¡Alabado sea el Señor, yo estoy muerto!”

Salí de la habitación con estrépito y encontrándome con uno de los hermanos que estaban ayudando en la cocina, le dije: “¿Sabes que he muerto?” Me miró asombrado, pero yo continué: “¿Sabes que Cristo murió? ¿Sabes que estoy tan muerto como lo estuvo Cristo? ¿Sabes que Cristo no estuvo de ninguna manera más muerto que yo?” Desde aquel día hasta el presente no he dudado jamás de mi propia muerte. “**¡Con Cristo estoy juntamente crucificado!**”

Amigos, éste es el primer paso para entrar en la vida cristiana normal. Si hemos de vivir tal vida, nuestra primera necesidad es de **revelación**. No quiero con esto dar a entender que no necesitemos vivirlo prácticamente. Sí, hay una aplicación práctica de la muerte, que veremos más adelante, pero la base ante todo, es ésta: Yo he sido crucificado; ya está hecho. Que Dios abra nuestros ojos para ver lo que Él ha hecho para nosotros en su propio Hijo. Cuando Hudson Taylor - famoso misionero en la China - entró en la vida cristiana normal, fue así. Había primeramente *tratado* de entrar en Cristo, pero se encontraba cayendo de esa posición. Luego, cuando el Señor le mostró que *ya estaba* en Cristo, como el sarmiento está en la vid, Taylor dejó de procurar ganar entrada, sino que pudo alabar al Señor de que *estaba ya* en Él. Pensad en la extraordinaria ocupación de tratar de entrar en una habitación en la cual uno ya se encuentra. Pensad en lo absurdo de pedir que os pongan dentro. Si yo reconozco el hecho de que ya estoy dentro, no haré esfuerzo alguno para entrar.

Al tener más revelación, habrá menos oración. En el sentido de que ya no oramos por lo que en nuestra ceguera no podíamos ver. No vemos lo que Dios ha hecho. Sin embargo, ¡estamos crucificados, de hecho! ¿Por qué orar para llegar a ser muertos? ¿Por qué orar para llegar a ser crucificados? Es cosa absurda. No necesitáis orar al Señor para hacer cosa alguna, meramente necesitáis que se os abran los ojos para ver lo que Él ya ha hecho. Eso es el argumento. No necesitamos obrar, ni orar, para morir; no necesitamos esperar para morir; *somos* muertos. Sólo necesitamos reconocer lo que el Señor ya hizo, y alabarle por ello.

LA CRUZ TRATA DE LA CAUSA FUNDAMENTAL

Ahora supongamos que el gobierno deseara tratar drásticamente con la cuestión del alcoholismo, y decidir que el país se sometiera a la ley de la ‘prohibición’, ¿cómo podría esa prohibición ser llevada a cabo? ¿Cómo podríamos ayudar? Si hiciésemos una búsqueda en cada negocio y en cada casa, en todo el país, y si destruyéramos todas las botellas de vino, cerveza, whiskey, etc., que halláramos, ¿sería esta la solución adecuada? Podríamos librar al país de cada gota de licor que contenga, pero detrás de esas botellas

– y demás contenedores - de bebidas alcohólicas, están las fábricas que las producen, y si sólo atendiéramos a las botellas y dejáramos las fábricas en función, no hay solución permanente al problema. Para esto, las fábricas, destilerías y bodegas que producen la bebida, tendrían que ser destruidas, si la cuestión ha de ser solucionada de forma permanente.

Nosotros somos la ‘fábrica’, nuestras acciones son los productos. La Sangre del Señor Jesús trató con la cuestión de los productos, a saber, con nuestros pecados, La cuestión de lo que hemos hecho está terminada; pero, ¿qué de la cuestión de lo que somos? Nuestros pecados fueron producidos por nosotros. Nuestros pecados han sido tratados, pero ¿cómo se tratará con nosotros mismos? ¿Crees tú que el Señor quitaría todos nuestros pecados, y luego dejaría a nuestro cargo el eliminar la ‘fábrica’ que produce el pecado? ¿Crees tú que Él eliminaría la mercadería, pero nos dejaría la tarea de tratar con la fuente de producción? No, Él ha eliminado la mercadería, y también la fábrica productora.

EL SEGUNDO PASO: ‘CONTAR’ - “CONSIDERAOS MUERTOS”

Notemos de nuevo lo que dice Romanos 6:6. El tiempo del verbo es muy preciso, porque es el tiempo “una vez por todas”. La cosa está hecha y no puede deshacerse. Nuestro ‘viejo hombre’ ha sido crucificado, una vez por todas, y no puede cancelarse tal crucifixión. Esto es lo que necesitamos saber. Cuando lo sabemos, ¿qué seguirá? El versículo 11, en el cual tenemos la exhortación a que “nos consideremos muertos al pecado”, puede traducirse también, como “*contémonos muertos al pecado*”, es decir, contemos con la realidad de nuestra muerte.

Cuando se expone la verdad acerca de nuestra unión con Cristo, generalmente el énfasis suele ponerse en el “considerarnos (o contarnos) muertos”. Pero la Palabra de Dios antepone el ‘SABER’; al ‘CONTAR’. “Sabiendo esto... contaos (o consideraos) muertos” (Ro. 6:6, 11). El orden es de suma importancia. El ‘contarnos por muertos’ debe – necesariamente - estar basado en el *conocimiento* de un hecho, revelado por Dios, pues de otro modo la fe no tiene fundamento sobre el cual descansar. Cuando *sabemos* que nuestro viejo hombre ha sido crucificado, entonces, espontáneamente, nos *contaremos* por muertos. Cuando *sabemos*, el *contar* sigue de forma natural.

No debemos, pues, poner demasiado énfasis en este asunto de ‘contar’ (‘considerar’). Dios no nos dice que nos contemos por muertos, *para que* lleguemos a estar muertos, sino *porque estamos* muertos. Él no nos habría dicho que contásemos con algo que no fuera realidad. Si yo creo estar muerto, entonces el contarme por muerto no es ningún esfuerzo - es espontáneo -, pero si no estoy persuadido de que realmente haya muerto, esperando que, por un mero proceso mental, pueda producir la muerte, entonces eso de ‘contar’ será un esfuerzo sobrehumano.

Hay quienes siempre tratan de ‘contar’ sin ‘saber’. No han tenido primeramente la revelación, pero tratan de ‘contar’ y pronto se ven en toda suerte de dificultades. Cuando viene la tentación, empiezan a repetir frenéticamente –“Estoy muerto, estoy muerto”; pero en el mismo acto de ‘contar’ pierden su serenidad. Entonces dicen: “Esto no marcha; Romanos 6:11 no sirve”. Efectivamente, Romanos 6:11 no sirve *sin* Romanos 6:6. ¿Qué significa ‘contar’? La palabra griega traducida como “consideraos” se relaciona con términos de contabilidad y significa hacer cuentas. Contabilizar es lo único en este mundo que nosotros los humanos podemos

hacer correctamente. Un artista pinta un paisaje. ¿Puede hacerlo con exactitud? ¿Puede el historiador garantizar la absoluta verosimilitud de lo que registra, o el cartógrafo la fidelidad de un mapa? En realidad, pueden, a lo sumo, obtener una aproximación.

Aun en nuestra conversación diaria, cuando procuramos relatar algún incidente, aunque sea con el mejor deseo de honestidad y veracidad, ¡no podemos narrarlo con exactitud!

En la mayoría de los casos exageramos o despreciamos algún elemento, decimos una palabra de más o una de menos. Entonces, ¿puede hacer el hombre algo que sea absolutamente exacto?

¡Ahí está la aritmética! En ella no hay lugar para el error. Una silla *más* una silla, hacen *dos* sillas. En todo el mundo y por todo el tiempo, uno más uno es igual a dos. Uno más uno es igual a dos en el ciclo, en la tierra y en el infierno. ¿Por qué dice Dios que hemos de **contarnos** por muertos? Porque *estamos* muertos.

Prosigamos con la analogía de la contabilidad. Si yo tuviera \$15 en mi bolsillo, ¿qué entrada haría en mi libro de cuentas? ¿Puedo asentar \$14 o \$16? ¡No! Debo anotar en mi libro de cuentas lo que hay en mi bolsillo. La contabilidad consiste en sumar hechos, no fantasías. De esa manera, si he muerto de verdad, Dios me dice que me *cuente* por muerto. Dios no me pediría anotar ‘muerto’ en mi ‘libro de cuentas’, cuando, en realidad, siga vivo.

‘Contar’ no quiere decir que, teniendo sólo \$15 en mi bolsillo, pero, apuntando \$16 en mi libro de cuentas, que así se cambie la realidad de los \$15... No cambia nada. Si yo sólo tengo \$15, pero con un gran esfuerzo mental quedo persuadido de que sean \$16, ¿con eso quedará afectada la suma que tengo en mi bolsillo? ¡De ningún modo! El hecho de ‘hacer la cuenta’ no hará que \$15 se conviertan en \$16; lo falso no se transforma en verdad.

En cambio, si de veras tengo \$16 en el bolsillo, entonces con absoluta seguridad y confianza puedo anotar en mi libro de cuentas: \$16. Dios dice que ‘contemos’ con nuestra muerte, no para que así *lleguemos* a serlo, sino porque en verdad ya hemos muerto. Él nunca nos dice que contemos con algo que no sea un hecho acabado.

Supóngase que yo tratara de presentarme como si fuera otra persona, por ejemplo, como la Srta. Fulana. Tendría que decirme continuamente: “Tú eres la Srta. Fulana. Ten cuidado y recuerda que tú eres la Srta. Fulana”. A pesar de repetírmelo incesantemente, sería probable que, al haberme distraído un momento, alguien se dirija a mí y diga, “Sr. Ni”..., y que yo contestara como tal. Todo eso de tenerme por la Srta. Fulana, se vería como falso y se vendría abajo en el momento crítico.

Si soy el Sr. Ni; entonces no tengo ninguna dificultad en contar conmigo mismo como el Sr. Ni. Puedo dormir y olvidarme de todo, pero nada cambia el hecho. Es seguro cuando me olvido, y es seguro cuando lo tenga presente. No depende de mi memoria, ni de mi contabilidad. Yo *sé* que soy el Sr. Ni; por consiguiente, cuento con ello de forma natural, siempre.

Romanos 6:6 precede a Romanos 6:11, no sólo en las Escrituras sino también en la experiencia cristiana; el **saber** precede al **contar**. A menos que tengamos revelación, por el Espíritu Santo, del *hecho* de nuestra muerte con Cristo, nuestro ‘contar’ con ello, pero sin haberlo ‘sabido’, será mera obra muerta.

Durante aquellos años, procuré considerarme muerto; pero entonces, Dios me reveló mi muerte con Cristo como un hecho establecido para siempre jamás. Todo se hizo tan real para mí que deseaba ir por las calles anunciando a viva voz la noticia de mi feliz descubrimiento:

“¿Sabes que estoy muerto - tan muerto que nunca podría estar más muerto...?”

Así todo se concreta en esto: a menos que *conozcamos* como un hecho acabado que somos muertos, todo esfuerzo por *considerarnos* muertos no hará sino intensificar la lucha, y el resultado será una derrota segura.

TENTACIÓN Y FRACASO - EL DESAFÍO DE SATANÁS

Para nosotros, entonces, los dos hechos más grandes de la historia son éstos: el que todos nuestros pecados han sido ‘procesados’ por la Sangre, y que nosotros mismos fuimos ‘procesados’ por la Cruz. Pero, ¿qué del problema de **la tentación**? ¿Cuál habrá de ser nuestra actitud cuando, después de haber visto y creído estos hechos, descubramos que surgen nuevamente los antiguos deseos? Peor todavía, ¿qué haremos si nuevamente caemos en pecados manifiestos? ¿Qué, si perdemos el auto dominio, o hacemos algo peor? ¿Se deducirá de esto que la posición enunciada anteriormente es falsa?

Es preciso recordar que uno de los principales objetivos del diablo es hacer que dudemos de los dichos y de los hechos divinos (ver Gén. 3:1-4). Por ejemplo: una vez que hemos visto, por medio de la revelación del Espíritu de Dios, que estamos de hecho muertos con Cristo; y una vez que, efectivamente, nos hemos dado por muertos, Satanás viene y dice: “Ah, pero ¿qué es eso que se mueve ahí adentro? ¿Qué pasa contigo? ¿Tú llamas a eso ‘muerte’?”

Y tú, ¿qué responderás entonces? ¡Es el momento en que debes elegir! He aquí la prueba crucial. ¿Crearás la mentira de Satanás o la verdad de Dios? ¿Te dejarás gobernar por las apariencias o por lo que Dios dice?

Con esto no negamos la realidad de la 'carne', pero estamos hablando de ser movidos de una posición, y de un hecho revelado, a saber, nuestra muerte con Cristo. Es importante recordar lo que dice la Palabra de Dios, y también lo que no dice, para que la fe sepa en qué basarse. ¿Cómo dice Dios que se efectúa la liberación? En primer lugar, *no* nos dice que el pecado como principio en nosotros haya sido desarraigado y quitado. Contar con esto sería un mal cálculo y nos encontraríamos en la posición del hombre que procuró anotar \$16, cuando tenía \$15 en el bolsillo.

No; el pecado no fue extirpado. Está ahí y, dada la oportunidad, nos vencerá y nos hará pecar de nuevo. Por esto siempre necesitamos conocer la operación de la Sangre preciosa. Ese proceder de Dios con los pecados cometidos, es un proceder *directo*, es decir, Él los borra echándolos al olvido por medio de la Sangre. Pero, en cuanto al ‘principio de pecado’, y en cuanto al asunto de ser librados de su poder, hallamos, en cambio, que Dios lo trata de manera *indirecta*. Él no pone fin al pecado, pone fin al pecador.

“Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea *destruido*, a fin de que no sirvamos más al pecado.”

Por esto el ‘cuerpo’, que antes era el instrumento del pecado; ahora no se presta más (Ro. 6:6, “destruido”, o deshecho, en este versículo quiere decir “puesto fuera de acción”, “hecho inefectivo o nulo”). El ‘pecado’ - el viejo

amo - todavía anda por ahí, pero el 'esclavo' que antes le servía, fue muerto, y así, ni él, ni sus miembros, se prestan más para sus asuntos sucios.

Así, pues, podemos afirmar que 'liberación del pecado' es una expresión más bíblica que 'victoria sobre el pecado'. Las expresiones 'liberado del pecado' y 'muerto al pecado' en Romanos 6:7 y 11 implican el haber sido sustraído, o el haber sido librado, de un poder que todavía está muy presente y que es muy real. Es decir, no fue un librarse de algo que ya no exista. El pecado está siempre presente, pero nosotros, cada día, vamos conociendo en mayor grado lo que es el ser librados de su poder.

“Ahora bien, la fe es la firme seguridad de las realidades que se esperan, la prueba convincente de lo que no se ve” (Hb. 11:1, RVR77). “Las cosas..., que no se ven, son eternas” (2ª Co. 4:18). Recordemos una vez más que aquí estamos tratando, no de promesas, sino de hechos. Las promesas de Dios nos son reveladas por su Espíritu para que podamos echar mano de ellas; pero los hechos son hechos, y permanecen siendo ‘hechos’, creámoslos o no. Si no creemos las verdades de la Cruz, éstas siguen siendo tan reales como siempre, sólo que no tienen valor para nosotros. La fe no las hace reales - ya lo son - pero la fe las hace reales en nuestra *experiencia*.

Debemos reconocer como mentira del diablo cualquier cosa que contradiga la verdad de la Palabra de Dios. Satanás nos engaña, no sólo con declaraciones mentirosas, sino también por señales, sentimientos y experiencias engañosas. Tan pronto como hayamos experimentado como un hecho nuestra muerte con Cristo, Satanás tratará de demostrar que no estamos nada muertos, sino muy vivos. Si apelamos a lo que sentimos para descubrir la verdad, encontramos que las mentiras de Satanás concuerdan con nuestra experiencia; pero si nos rehusamos a creer toda cosa que contradiga la Palabra de Dios, y tomamos nuestra posición en ella solamente, encontraremos que las mentiras de Satanás empiezan a desaparecer y que nuestra experiencia, progresivamente, vendrá a concordar con la Palabra de Dios.

“Por fe andamos, no por vista” (2ª Co. 5:7). Una ilustración cuenta como tres hermanas - Verdad, Fe y Experiencia (que en inglés se llamaban Fact, Faith & Feeling) - caminaban por lo alto de un muro. Era un experimento para ver si las tres pudieran completar la caminata.

Verdad seguía adelante con firmeza, sin volverse ni a la derecha ni a la izquierda; y nunca se dio la vuelta para mirar atrás. Fe le seguía y todo andaba bien mientras Fe tuviera los ojos enfocados en Verdad. Pero Fe, preocupada por Experiencia - en cierto momento - dejó de seguir adelante, queriendo ver cómo seguía su hermana, y en eso Fe perdió su equilibrio... Se cayó del muro, e hizo que, además, Experiencia cayera también...

Toda tentación es, en primer lugar, la de mirar adentro, quitar nuestra mirada del Señor, quien va delante, y tomar en cuenta las apariencias. Puede ser que yo no sienta que sea ‘Ni’, aun puedo olvidar mi nombre, o hasta soñar que no soy Ni; pero cuando estoy durmiendo, soy Ni, y cuando despierto, soy Ni; cuando me acuerdo, y cuando lo olvido, todavía soy Ni. Es un hecho que nada que yo experimente, o no experimente, puede cambiar. Así también, lo sienta o no, estoy muerto con Cristo. Que mi experiencia lo compruebe o lo desapruebe, el hecho queda inalterable.

Si estás firme en esa posición, entonces Satanás no puede prevalecer contra ti. Si albergas alguna duda acerca de ese hecho, Satanás con toda seguridad te atraparás; pero si no tienes duda alguna, entonces no importa qué haga Satanás, y bien puedes reírte de él. Si alguien tratara de persuadirme de que

yo no sea Ni, sobrada razón tengo para reírme de él. Entonces, pues, retengamos firmemente el hecho de que cuando Cristo murió, nosotros morimos con Él.

4

LA CRUZ - LA CRESTA DIVISORIA

“Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte, porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:3-4).

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura (creación) es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2ª Co. 5:17).

“El Padre, que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz... nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo” (Col. 1:12-13).

El reino de este mundo no es el reino de Dios. Dios deseaba en su corazón un sistema mundial - un universo de su creación - cuya cabeza sería Cristo su Hijo (Col. 1:16-17). Pero Satanás, obrando por medio del hombre carnal, ha instaurado un sistema opuesto, conocido en las Escrituras como 'este mundo', un sistema en el cual nosotros estamos implicados, y dominado por mismo Satanás. De hecho, él ha llegado a ser “el príncipe de este mundo” (Jn. 12:31).

DOS CREACIONES

Así la primera creación, bajo el poder de Satanás, ha venido a ser la 'antigua creación'. Dios está introduciendo una 'nueva creación', un nuevo reino y un nuevo mundo, y nada de aquella antigua creación, del antiguo reino o del antiguo mundo, puede transferirse o ser transferido al nuevo. Se trata, pues, de dos reinos rivales, y de nuestra pertenencia a uno de ellos.

Para poder introducirnos en la *nueva* esfera, Dios debe hacer algo nuevo en nosotros, debe hacernos “criaturas *nuevas*”. A menos que seamos hechos de *nuevo*, nunca podremos ser aptos para participar en este *nuevo* reino: “Lo que es nacido de la carne, carne es”, y “la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” (Jn. 3:6; 1ª Co. 15:50). A pesar de la educación, cultura, mejoramiento, la carne sigue siendo la carne. Nuestra aptitud para el nuevo reino es determinada por la creación a la cual pertenecemos.

¿Pertenecemos a la antigua creación o a la nueva? ¿Somos nacidos de la carne o del Espíritu? Nuestra aptitud para este nuevo reino, al final, gira sobre la cuestión de origen. La cuestión no es entre lo bueno o lo malo, sino entre la carne o el espíritu; “lo que es nacido de la carne, carne es”, nunca será otra cosa. Aquello que es de la antigua creación, jamás podrá entrar en el nuevo reino.

Una vez que veamos lo que a fondo Dios busca - algo totalmente nuevo para Él mismo -, ahí veremos claramente que jamás podremos introducir nada del *antiguo* reino en el *nuevo*.

Dios ansiaba poseernos para sí mismo, pero Él no podía introducirnos, *como estábamos*, en aquello que Él se había propuesto; así que, primeramente, nos eliminó por la Cruz de Cristo y luego, por la resurrección, nos proveyó una nueva vida. Hechos ahora una nueva creación (2ª Co. 5:17), con una nueva

naturaleza y nuevas facultades, podremos entrar en este nuevo reino y en el nuevo mundo. La Cruz fue el medio que Dios usó para marginarnos, completamente, y, por medio de la resurrección nos impartió todo lo necesario para nuestra vida en la nueva esfera (Ro. 6:4).

La resurrección está al comienzo de la nueva creación. Es bendita cosa ver que la Cruz termina todo lo que pertenece al primer régimen, y la resurrección presenta todo lo que pertenece al segundo. La resurrección es el nuevo punto de partida.

LIBERACIÓN DE LA VIEJA VIDA

Tenemos ahora ante nosotros dos mundos, el antiguo y el nuevo. En el antiguo, Satanás tiene el dominio absoluto. Tú puedes ser un buen hombre en la antigua creación, pero mientras pertenezcas a ella, estás bajo pena de muerte, porque nada de la antigua creación puede pasar a la nueva. La Cruz de Cristo es la declaración de Dios de que todo lo que es de la *antigua* creación debe morir. Nada del primer Adán puede pasar más allá de la Cruz; *todo termina allí*. Cuanto más pronto veamos esto, tanto mejor, pues es por la Cruz que Dios nos ha hecho un camino para escapar de la vieja creación. Dios encerró en su Hijo todo lo que fue de Adán y lo crucificó; así en Él, todo lo que fue de Adán, se eliminó. Es como si Dios hubiera proclamado por todo el universo:

“Por medio de la Cruz, Yo he marginado todo lo que no es mío; y vosotros, que pertenecéis a la antigua creación, estáis *todos* incluidos en la Cruz; ¡todos habéis sido crucificados con Cristo!”

Ninguno de nosotros puede escapar de ese veredicto. “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo” (Ro. 6:3-4). ¿Cuál es el significado del bautismo? No es sólo una cuestión de unas gotas de agua, ni aun de un bautisterio *lleno* de agua. El bautismo es una cosa tremenda, porque se relaciona tanto con la Cruz como con la resurrección de nuestro Señor.

Pedro, en su primera epístola, se refiere al bautismo como la “respuesta de una buena conciencia para con Dios” (1ª P. 3:21, VM). Por cierto, no podemos responder, sin que alguien nos hable primero. Si Dios no hubiera dicho nada, no tendríamos respuesta. Pero Él ha hablado. Por la Cruz, Él nos ha hablado de su juicio contra nosotros, contra el mundo, contra la antigua creación y contra el antiguo reino. La Cruz no es sólo de Cristo, una Cruz 'individual'. Es una Cruz que incluye a todos, una Cruz 'corporativa', una Cruz colectiva que me incluye a mí y a ti. Dios nos ha puesto a todos en su Hijo y nos crucificó en Él. En el “Último Adán”, Él ha borrado todo lo que fue del ‘primer Adán’.

Ahora, ¿cuál es mi respuesta al fallo de Dios contra la antigua creación? Contesto con solicitar el bautismo. ¿Por qué? En Ro. 6:4, Pablo explica que el bautismo significa la sepultura. El bautismo se relaciona tanto con la muerte, como con la resurrección; pero en sí mismo *no* es ni muerte ni resurrección, es sepultura, pero ¿para quién es la sepultura? Sólo para los muertos. Así que, si yo pido el bautismo, me proclamo a mí mismo muerto y sólo apto para la tumba. Mi solicitud de bautismo significa que digo “Sí” a la muerte a la cual Dios me ha entregado. Digo: “Señor, creo que Tú has cumplido la crucifixión y ahora pido sepultura. Me has consignado a la muerte, y pido ser sepultado”.

En cierta ocasión, una mujer perdió a su marido, pero, fuera de sí por causa de su pérdida, se negó rotundamente a hacerlo sepultar. Día tras día, por dos semanas, quedó el cadáver en la casa. Ella dijo: “No está muerto, hablo con él todas las noches”. Se opuso a la sepultura, porque ella no creía que estuviese muerto. ¿Cuándo tenemos voluntad de enterrar a nuestros queridos? Sólo cuando estamos absolutamente seguros de que hayan fallecido. Mientras tengas la menor esperanza de que estuvieran vivos, no los entregarías a la sepultura. ¿Cuándo debo pedir el bautismo? Cuando veo que la voluntad de Dios es perfecta, cuando reconozco que merezco morir, y cuando verdaderamente creo que Dios ya me ha crucificado. Una vez que yo esté plenamente persuadido de que, ante Dios, esté bien muerto, entonces solicitaré el bautismo.

Diré, en efecto: “Alabado sea el Señor, estoy muerto. Señor, Tú me diste muerte, ahora deseo ser sepultado”. Dios ha cumplido la obra de la crucifixión, pero nosotros debemos sellar aquella muerte por la sepultura. En la China tenemos dos servicios médicos de emergencia, una es la 'Cruz Roja', la otra es la 'Cruz Azul'. La primera se ocupa de los heridos en batalla, para socorrerlos y curarlos; la segunda se ocupa de los muertos, sea por hambre, inundación o guerra, a fin de darles sepultura. El proceder de Dios con nosotros en la Cruz, es más drástico que el de la 'Cruz Roja'. Él *no* se dispone a remendar la antigua creación. Aun los que viven están condenados por Él a muerte y sepultura, para que puedan resucitar a nueva vida. Dios ha hecho la obra de la crucifixión, así que, ahora estamos en la lista de los muertos; pero debemos aceptarlo y someternos a la obra de la 'Cruz Azul', sellando esa muerte con la 'sepultura'.

Hay un antiguo mundo y un nuevo mundo; entre los dos hay una tumba. Dios *ya* me ha crucificado, pero debo consentir en ser enviado a la tumba. Mi sepultura confirma el fallo de Dios, pronunciado contra mí en la Cruz de su Hijo. Afirma que he sido cortado del viejo mundo y que pertenezco ahora al nuevo. Así, el bautismo no es cosa de poca monta. Me separa del antiguo mundo y me prepara para el nuevo. Significa para mí romper definitiva y conscientemente con la antigua manera de vivir. Este es el significado de Romanos 6:2: “Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” Pablo, en efecto, dice: “Si pudieras continuar en el antiguo mundo, ¿por qué bautizarte? Nunca deberías haber sido bautizado, si tenías intención de vivir en el antiguo reino”. Una vez que hemos visto esto, damos lugar a la nueva creación al consentir en la sepultura de la antigua.

RESURRECCIÓN PARA NUEVA VIDA

“Si fuimos plantados juntamente con Él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos con la de su resurrección” (Ro. 6:5).

La resurrección es enteramente diferente. Soy bautizado en su muerte, pero no entro en su resurrección en exactamente la misma manera, pues ¡alabado sea el Señor! su resurrección entra en mí dándome una nueva vida. La muerte del Señor es “yo en Cristo”; la resurrección es “Cristo en mí”. ¿Cómo es posible para Cristo comunicarme su vida de resurrección? ¿Cómo recibo yo esta nueva vida? En Romanos 6:5, Pablo contesta nuestra pregunta con una buena ilustración: las palabras “plantados juntamente” son, en el griego, una sola palabra: “injertados”; y tenemos aquí un muy hermoso cuadro de la vida de Cristo que nos es impartida por medio de su resurrección.

Una vez visité a un hombre que era dueño de una huerta. Tenía casi dos hectáreas de terreno y más o menos trescientos árboles frutales. Le pregunté si sus árboles habían sido injertados o si eran de los troncos originales. Me contestó: “¿Cree usted que yo perdería mi terreno con árboles no injertados?”.

Le pedí me explicara el proceso del injerto, y lo hizo de buena gana.

“Cuando un árbol ha crecido hasta cierta altura, lo desmocho, y entonces lo injerto”, dijo. Indicándome un árbol en particular, me preguntó: “¿ve usted ese árbol? Yo lo llamo el árbol 'padre', porque todos los demás árboles son injertados de ese. Si los otros árboles fueran dejados para seguir el curso de la naturaleza, su fruto sería muy pequeño y consistiría mayormente de cáscara gruesa y semillas.

Este árbol, del cual son injertados, carga una fruta sabrosa, del tamaño de una ciruela, con cáscara muy delgada y semillas diminutas”. “Y ¿cómo sucede esto?”, le pregunté. “Sencillamente, tomo un poco de la naturaleza de un árbol y la transfiero al otro”, explicó. “Hago un corte en el árbol pobre e inserto un brote del, árbol bueno, entonces lo ato, y lo dejo crecer”.

Pero, ¿cómo puede crecer? Contestó: “No sé, pero crece”. Entonces me mostró un árbol cargado de fruta sumamente pobre debajo del injerto, y fruta rica y sabrosa, arriba del injerto. “Dejé los brotes viejos con su fruta inútil para mostrar la diferencia”, me dijo. “Con esto puede comprender el valor del injerto. ¿Se da cuenta ahora por qué cultivo solamente árboles injertados?”

¿Cómo puede un árbol llevar fruto de otro? ¿Cómo puede un árbol viejo cargar fruto nuevo, y un árbol pobre cargar fruto rico? Por el injerto.

Entonces, si un hombre puede injertar una rama de un árbol en otro, ¿no podrá Dios injertar la vida de su Hijo en nosotros?

Una mujer, en la China, se quemó de gravedad un brazo y fue llevada al hospital. Fue hallado necesario injertar nueva piel sobre la superficie perjudicada, pero el médico procuró en vano injertar una porción de piel de otro lugar de su cuerpo en el brazo; la calidad era demasiado pobre.

Entonces, una enfermera extranjera ofreció una porción de su propia piel, y la operación resultó con buen éxito. La nueva piel se unió al brazo de la señora vieja, y cuando salió del hospital, su brazo estaba perfectamente curado; solo quedó una porción de piel blanca en el brazo de color más oscuro, como testimonio de lo que había pasado. Se pregunta cómo la piel de otra persona creció sobre el brazo de esa mujer. Yo no sé cómo creció, pero sé que así sucedió.

Si un cirujano terrestre puede injertar una porción de piel de un cuerpo humano en otro, ¿no podrá el Cirujano Divino injertar la vida de su Hijo en mí? No sé *cómo* ocurre, pero “el viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:8). No sabemos cómo Dios ha obrado en nosotros, pero, sí, que lo ha hecho. Nada podemos hacer, y no necesitamos hacer nada, pues Dios ya lo ha hecho todo. Hay ‘una sola vida fructífera’ en el mundo, y esa ha sido injertada en millones de otras vidas. A esto lo llamamos ‘el nuevo nacimiento’; es la recepción de una vida que no poseímos antes. No es que nuestra vida haya sido cambiada; es que es *otra vida* completamente nueva y completamente divina, que ha venido a ser *mi* vida.

EL 'CONTAR' DE FE

Dios ha eliminado la antigua citación por la Cruz de su Hijo, y mi bautismo es mi reconocimiento de aquel hecho.

La vida cristiana normal, inicial y progresivamente, es por fe en la Cruz de Cristo. Pero ¿qué es la fe? La fe es mi aceptación del hecho de Dios. La fe siempre se relaciona a lo pasado; cualquier cosa que se relaciona con el futuro no es fe, es esperanza.

En Marcos 11:24, VM, se explica la naturaleza de la fe así: “Todo cuanto pidiereis en la oración, creed que lo recibisteis ya; y lo tendréis”. Si creéis que ya *recibisteis* vuestros pedidos, entonces los tendréis. El creer que ‘recibierais’ algo o que ‘pudieras recibirlo’, o aun que lo ‘recibiréis’, no es fe. Esto es fe: creer que ya recibisteis. Así que sólo lo que se relaciona con el pasado es verdadera fe. Aquellos que dicen “Dios puede hacerlo” o “tal vez, Dios lo hiciera” o “Dios debe hacerlo”, o aun “Dios lo hará”, no ejercen necesariamente la fe. La fe siempre dice: “Dios lo ha hecho”.

Entonces ¿cuándo tengo fe acerca de mi crucifixión? No cuando diga que Dios puede crucificarme, o que me crucificará, sino cuando con gozo digo: “Alabado sea Dios, en Cristo estoy crucificado”. La tentación puede venir y Satanás puede tratar de comprobar que no esté muerto, pero, una vez que yo vea que *estoy crucificado* con Cristo, puedo reírme en la hora de la tentación. La dificultad con muchos es que, tan pronto aparezca la tentación, empiezan a preguntar: “¿He muerto verdaderamente?” Creen las mentiras de Satanás y niegan la verdad de Dios. Dios ha dicho que cuando Cristo murió, yo morí y pongo toda mi confianza en su Palabra. Está hecho, por consiguiente, no hay nada que yo deba hacer sino meramente entender y contar con esto como un hecho eterno.

5

LA VERDADERA NATURALEZA DE LA CONSAGRACION

La revelación de nuestra muerte en el Señor es un asunto muy definido. Muchos de nosotros podemos dar la fecha cuando claramente vimos que Cristo murió por nosotros, y debemos tener igual claridad acerca de nuestra muerte en Cristo. No debe ser nada nebuloso sino muy definido. La cosa fundamental es una revelación de nuestra posición en Cristo en su muerte y una recepción definida de su vida de resurrección. Entonces, espontáneamente nos contaremos muertos en Cristo y vivos en Él. La revelación es fundamental para poder contar.

El famoso hermano Jorge Müller dijo una vez: “Hubo un día en que Jorge Müller murió”. Nosotros debemos poder referirnos a nuestra muerte de forma tan definida como él a la suya, Este reconocimiento es uno de los pasos que nos llevan a la vida cristiana normal. El primer paso es la revelación (el saber) y el segundo es el de contar, y ahora nuestro estudio nos lleva a considerar la verdadera naturaleza de la consagración...

PRESENTAOS A DIOS

*“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; sino **presentaos a Dios** como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios por instrumentos de justicia” (Ro. 6:12-13).*

La revelación y la fe son seguidas por la consagración. Estamos muertos y resucitados; ahora sobre la base de la muerte y resurrección debemos presentarnos. Desde el versículo 12 hasta el 23, la palabra más importante es “presentar”. Muchos han dado a esta palabra el significado de “consagración” y con razón; pero no es la consagración como generalmente la entendemos. No es consagración en el sentido de ofrecer talentos, dones, poderes naturales, etc., al Señor para su uso. Nótese esta cláusula en el versículo 13: “*como vivos de entre los muertos*”. La consagración a que hay aquí referencia, no es la consagración de algo perteneciente a la antigua creación, sino perteneciente a aquella que ha pasado por la muerte a la resurrección. La entrega, que aquí se menciona, es el resultado de conocer la crucifixión de mi viejo hombre, y contarlo como crucificado.

El *saber*, el *contar* y el *presentar* es el orden divino. Cuando realmente sé que ya estoy crucificado, entonces espontáneamente me *cuento* muerto; y cuando realmente me cuento uno con el Señor en su muerte y resurrección, esto me lleva a *presentarme* a Él. Él es la fuente de mi vida, Él es mi vida: así que no puedo menos que entregar todo a Él, porque todo es suyo, no mío. *Sin pasar por la muerte, no tengo nada para consagrar, y no hay nada que Dios puede aceptar, porque Él ha condenado todo lo que es de la antigua creación en la Cruz.*

La muerte ha eliminado todo lo que no puede consagrarse a Él, pero la resurrección ha hecho posible la consagración. El presentarme a Dios sencillamente significa que yo considero mi vida entera como perteneciente al Señor.

EL TERCER PASO: “PRESENTAOS...” “

“Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Ro. 6:13).

“Presentad vuestros miembros” (Ro. 6:19).

Observemos que esta presentación está en relación con los miembros del cuerpo. Reconozco que mis miembros son propiedad absoluta del Señor. Es una gran cosa descubrir que ya no me pertenezco: soy del Señor. Si los \$15 en mi bolsillo me pertenecen, entonces tengo plena autoridad sobre ellos. Pero si pertenecen a otro quien me los entregó para guardar, entonces no puedo comprar con ellos a mi antojo; y no me atreveré a perderlos. La vida cristiana verdadera comienza con saber esto. ¿Cuántos de nosotros sabemos que, porque Cristo ha resucitado, nosotros por tanto vivimos “para Dios” y ya no para nosotros mismos? ¿Cuántos de nosotros no nos atrevemos a usar nuestro tiempo, o dinero, o talentos como quisiéramos, porque nos damos cuenta de que son del Señor, y no nuestros? ¿Cuántos de nosotros tenemos un tan fuerte sentido de que pertenecemos a Otro, que no nos atrevemos a malgastar un centavo de nuestro dinero o una hora de nuestro tiempo, o cualquiera de nuestras facultades mentales o físicas? Ninguno puede realmente experimentar la vida cristiana normal sin ceder todo al Señor.

En cierta ocasión, un hermano estaba viajando en tren y se encontró acompañado por tres inconversos que deseaban jugar a las cartas para pasar el tiempo. Faltando un cuarto para completar el grupo, invitaron al hermano a tomar parte. “Lamento contrariarles”, dijo, “pero no puedo participar en su juego, porque no traje mis manos conmigo”. “Pero, ¿qué dice usted?”, preguntaron atónitos. “Este par de manos no me pertenece”, dijo; y entonces siguió la explicación de la transferencia de propiedad que había ocurrido en

su vida. Ese hermano consideró los miembros de su cuerpo como propiedad absoluta del Señor: y eso es verdadera santidad.

Pablo dice: “Presentad vuestros miembros para servir a la justicia” (Ro. 6:19). Hazlo como un acto definido: “Presentaos a Dios”.

SEPARADOS AL SEÑOR – Y SU DERECHO SOBRE LOS SUYOS

¿Qué es la santidad? Muchos piensan que venimos a ser santos por la erradicación de alguna cosa mala interior. No, cualquier cosa puede llegar a ser santa por ser apartada para Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento, si un hombre deseaba ser del todo del Señor, entonces era ungido con aceite y el Señor le santificaba. Después de esto, se lo consideraba como apartado al Señor. En la misma manera, un cordero, o el oro en el templo, podía ser santificado - no por la eliminación de toda maldad en ellos - sino por estar reservados exclusivamente para el Señor. La “santidad”, en su origen, significa “algo puesto aparte” y toda verdadera santidad es “santidad **al Señor**” (Éx. 28:36). Me entrego a Cristo; eso es santidad.

‘Presentarme’ a Dios quiere decir que reconozco ser enteramente de Él. Es cosa tan definida como contar. Debe llegar el día en que paso de mis manos a las de Él, y desde ese día en adelante, pertenezco a Él y ya no a mí mismo. Eso no quiere decir que me consagro a ser un predicador o misionero. Entonces ¿a qué somos consagrados? No a la obra cristiana, sino a la voluntad de Dios; para ser y para hacer cualquier cosa que Él quiera. David tuvo muchos hombres valientes, de los cuales algunos fueron generales, y otros porteros, según la tarea que les asignara el rey. Debemos estar dispuestos a ser generales o porteros según como Dios desee, y no según nuestro antojo. Si tú eres un cristiano, entonces Dios ha indicado una senda para ti, una “carrera” como dice Pablo (2ª Ti. 4:7).

No sólo la senda para Pablo, sino la senda de cada cristiano ha sido claramente señalada por Dios. Es de suprema importancia que cada uno conozca y ande en la carrera propuesta por Dios; “Señor, me entrego a Ti con este solo deseo, el de conocer y andar en la senda que Tú has ordenado”: eso es entrega verdadera. Si al fin de la vida, podemos decir con Pablo: “He acabado la carrera”, seremos verdaderamente bendecidos. No hay nada más trágico que llegar al fin de la vida y encontrar que hemos seguido una senda equivocada. Tenemos sólo una vida para vivir aquí en la tierra, y podemos hacer lo que queremos con ella: pero si nuestra meta es el agrado propio, entonces nuestra vida jamás glorificará a Dios. Un creyente entendido dijo una vez: “No quiero nada para mí mismo: quiero todo para Dios”. ¿Deseas tú algo aparte de Dios o se centra todo tu deseo en su voluntad? ¿Puedes verdaderamente decir que la voluntad de Dios es “buena y agradable y perfecta” para ti (Ro. 12:2)?

SIERVO O ESCLAVO

Si nos entregamos sin reserva a Dios, ¡cuántos ajustes pueden ser necesarios en la familia, en los negocios, en las relaciones en la iglesia, o en nuestras opiniones personales! Dios no permitirá que quede cosa alguna de nosotros. Su dedo tocará punto por punto todo lo que no es de Él, diciendo: “Esto, hay que dejarlo. ¿Estás dispuesto?” Es insensato resistir a Dios, y es siempre prudente ceder a Él. Admitimos que muchos de nosotros aún sostenemos controversias con Dios. Él quiere algo, mientras nosotros queremos lo opuesto. Hay muchas cosas que no nos atrevemos a investigar, ni a orar por

ellas, ni siquiera a pensar en ellas por temor a perder nuestra paz. De esta forma intentamos esquivar el asunto, pero al practicarla nos apartamos de la voluntad de Dios. Es siempre cosa fácil salir de su voluntad, pero ¡qué bendición entregarnos completamente a Él y permitirle lograr su propósito con nosotros!

¡Qué bueno es reconocer que pertenecemos al Señor y que *no* somos nuestros! No hay nada más precioso que eso en todo el mundo. Es lo que trae la certidumbre de su continua presencia, y la razón es obvia. Debo primero tener el sentido de ser posesión divina antes de que pueda tener el sentido de su presencia. Cuando esta relación con el Señor está establecida, entonces no osamos hacer cosa alguna de nuestra propia iniciativa, porque somos su exclusiva propiedad. “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis?” (Ro. 6:16).

¿Cuál es la diferencia entre “siervo” y “esclavo”? Un siervo puede servir a otro, pero no llega a pertenecerle. Si su patrón le agrada, puede servirle; pero, si no le agrada, puede presentar su renuncia y buscar a otro patrón. No así con el esclavo. Él no solamente es siervo, sino *propiedad* de otro.

¿Cómo vine a ser esclavo del Señor? De su parte, Él me compró, y de mi parte, me entregué a Él. Por el derecho de ‘redención’ somos propiedad de Dios, pero, para ser sus esclavos, debemos, voluntariamente, entregarnos a Él, porque Él jamás nos obliga.

LA REALIDAD DEL ASUNTO

La cosa trágica acerca de los cristianos de hoy en día es que no tienen idea clara de lo que Dios exija. ¡Cuán fácilmente dicen: “Señor, estoy dispuesto para todo”! ¿Sabes que Dios demanda de ti tu misma vida? Hay ideales acariciados, voluntades férreas, amistades apreciadas, ocupaciones agradables, y tendrán que tratadas, así que, no te entregues a Dios, a menos que seas muy sincero. Dios te tomará seriamente, aunque tú no consideres el asunto con toda seriedad.

Cuando el muchacho de Galilea trajo su pan al Señor, ¿qué hizo el Señor con esos panecillos? Los rompió. Dios siempre rompe lo que le es ofrecido. Pero, aunque lo rompa, después lo bendice y lo usa para suplir las necesidades de otros.

Presentarte al Señor parecería llevar a un efecto negativo; Él se pone a romper lo que tú le ofreciste. Todo parece ir mal, y reaccionas protestando y criticando...

Pero quedarte en esa actitud, no es más que ser como la vasija rota, la que ya no sirve, ni para el ‘mundo’ - porque te has ido demasiado lejos para serle útil -, ni para Dios, porque tu poco crecimiento no le permite utilizarte. Por una parte, estás mal ajustado con el mundo, y, por otra, tienes controversia con Dios. He aquí la tragedia de muchos cristianos.

Nuestra entrega al Señor debe ser un acto básico. Entonces, día por día, seguiremos entregándonos a Él, sin criticar su manera de proceder, sino aceptándola con alabanza, incluso aquello que repugne a la carne. Cuando adoptas esta actitud, estás verdaderamente entregado.

Una hermana oró así: Señor, esto es muy duro, no me gusta, pero estoy dispuesta”. Una vez yo oraba con un hermano, y parecía que este no lograba ser atendido por Dios. Al fin dijo: “Señor, no me gusta, pero no cedas: espera un poquito, ya me rendiré”.

Mi vida cristiana *normal* comienza con una crisis cuando veo que soy del Señor y que de ahí en adelante ya no me cuento como mío propio, sino que ahora en todas las cosas reconozco su derecho y autoridad. No es consagración para ser misionero, por ejemplo, más bien, me consagro para cumplir la voluntad de Dios, para hacer su voluntad en la escuela, en el taller o en el hogar. Ahora cualquier cosa, que Él determine para mí, es el sumo bien, porque nada - sino bien - puede venir a aquellos que son enteramente de Él.

Seamos siempre poseídos por la convicción de que *ya no* nos pertenecemos.

6

EL SIGNIFICADO Y EL VALOR DE ROMANOS 7

Ahora llegamos al capítulo 7 de Romanos. Hay una tendencia de sentir que este capítulo está mal situado en el lugar donde se halla. Nos gustaría ponerlo entre los capítulos 5 y 6.

Al fin del capítulo 6 todo es tan perfecto: pero, de repente, está ahí ese quebranto total del capítulo 7. Está el grito de “¡Miserable de mí!”. ¿Qué enseñanza sacamos de todo eso?

El capítulo 6 trata de la liberación del pecado: y el capítulo 7 de la liberación de la ley. En el capítulo 6, Pablo nos ha relatado cómo podemos ser liberados del pecado y suponíamos que eso fue todo lo que hacía falta. Pero en el capítulo 7 ahora nos enseña que la liberación del pecado *no* basta, sino que también necesitamos liberación de la ley. Si no somos del todo emancipados de la ley, nunca podremos experimentar la plena emancipación del pecado, pero ¿cuál es la diferencia entre la liberación del pecado y la liberación de la ley? Todos conocemos el significado de la liberación del pecado, pero necesitamos conocer también el significado de la ley. Luego apreciamos nuestra necesidad de liberación de ella.

LA INCAPACIDAD TOTAL DEL HOMBRE

Muchos, aunque verdaderamente salvos, se hallan impedidos por el pecado. No viven, necesariamente, bajo el poder del pecado todo el tiempo, pero hay ciertos pecados que siguen obstaculizando, y así cometen los mismos pecados repetidas veces. Un día oyen el mensaje pleno del Evangelio, que el Señor Jesús no sólo murió para borrar nuestros pecados, sino que cuando murió nos incluyó a todos en su muerte; siendo así que no se trata solamente del asunto de nuestros pecados, sino de nosotros *mismos* también.

El Señor les abre los ojos y ya saben que han sido crucificados. A esta revelación dos cosas le siguen inmediatamente. En primer lugar, ellos cuentan con que han muerto y resucitado con el Señor y, en segundo lugar, ceden a los derechos del Señor. Ellos ven que no tienen más derecho sobre sí mismos. Es el comienzo de una hermosa vida cristiana, llena de alabanza al Señor.

Luego el creyente empieza a pensar en esta manera: “He muerto con Cristo, soy resucitado con Él, y me he entregado a Él para siempre; ahora me corresponde *hacer* algo para Él, ya que hizo tanto por mí. Quiero agradecerle y hacer su voluntad”. Así que, después de la consagración, procura descubrir la voluntad de Dios y se propone a obedecerle. Entonces es cuando descubre algo extraño. Pensaba que podía hacer la voluntad de Dios, y creía que amaba esa voluntad, pero, poco a poco, encuentra que no es siempre así. A veces, encuentra una desgana para obedecer: y a menudo,

cuando trata de cumplir, encuentra que no puede. Entonces empieza a dudar de su experiencia espiritual. Se pregunta:

“¿Será que yo realmente *sabía*? ¡Sí! ¿Será que yo realmente *contaba*? ¡Sí! ¿Será que yo verdaderamente *me presenté*? ¡Sí! ¿Me he vuelto atrás de esa entrega? ¡No! ¿Entonces qué pasa ahora conmigo?” Cuanto más este creyente procura hacer la voluntad de Dios, tanto más fracasa en cumplir. Finalmente llega a la conclusión que nunca amaba verdaderamente la voluntad de Dios; así que, ora por el deseo y el poder de cumplir. Confiesa su desobediencia y promete nunca desobedecer de nuevo. Pero apenas se ha levantado de sus rodillas..., cuando fracasa una vez más. Antes que llegue al punto de victoria, es consciente de derrota. Entonces se dice a sí mismo: “Puede ser que mi última decisión no fuera bastante definida. Esta vez va a ser absolutamente terminante”. Así que concentra toda su voluntad sobre el asunto, sólo para encontrar que le aguarda un mayor fracaso que nunca después de la primera tentación. Entonces repite las palabras de Pablo: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro. 7:18-19).

EL SIGNIFICADO Y EL PROPÓSITO DE LA LEY

Muchos cristianos son lanzados de repente a la experiencia de Romanos 7 y no saben por qué. Se imaginan que Romanos 6 es bien suficiente.

Habiéndolo entendido claramente, piensan que no puede haber más cuestión de fracaso, y entonces con gran sorpresa se encuentran repentinamente en Romanos 7. ¿Cuál es la explicación? La explicación es que no conocen la liberación de la ley. Romanos 7 nos es dado para explicar y llevarnos a la experiencia de la verdad de Romanos 6:14: “El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”. ¿Cuál, pues, es el significado de la ley?

La gracia significa que Dios hace algo a mi favor; la ley significa que yo hago algo para Él. Ahora, si la ley significa que Dios demande algo de mí, entonces, la liberación de la ley quiere decir que Él *ya no* lo demanda de mí, sino que Él mismo lo provee. La ley implica que Dios me requiere que haga algo para Él; la liberación de la ley implica que Él me exime de hacer cosa alguna para Él, y que en gracia Él mismo lo hace en mí. Yo (el hombre “carnal” de Ro. 7:14) *no necesito hacer nada para Dios*: esto es liberación de la ley. La dificultad en Romanos 7 es que el hombre en la carne trata de hacer algo para Dios. Al momento que procuras agradar a Dios, te pones bajo la ley y la experiencia de Romanos 7 empieza a ser la tuya. Cuando un hombre ve que es libertado de la ley, proclamará: “Yo ya no trataré de hacer cosa alguna para Dios”.

¡Qué doctrina! ¡Qué formidable herejía! Pero la liberación de la ley significa justamente esto, que yo cese de tratar de agradar a Dios (esto es *en la carne*).

Debemos aclarar que la ley no tiene la culpa de nuestro fracaso. Pablo dice: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Ro. 7:12). ¡No hay nada malo en la ley! Pero, sí, hay algo que, innegablemente, está mal en mí. Las demandas de la ley son *justas*, pero la persona – objeto de la demanda – es *injusta*. Así que, el problema no consiste en que las demandas de la ley sean injustas, sino en que yo no puedo cumplirlas. El gobierno puede estar en su derecho al demandarme el pago de \$100, pero ¡lo malo es que yo sólo tenga \$10 para satisfacer la demanda!

Dios sabe quién yo soy. Él sabe que desde la cabeza hasta los pies estoy lleno de pecado. Él sabe que soy la debilidad encarnada, que nada puedo hacer. El problema está en que yo ignore esto. Admito que todos los hombres son pecadores, y por consiguiente yo también; pero me imagino que no soy tan pecador y sin esperanza, como algunos. Dios debe traernos al lugar donde veamos nuestra total debilidad e incapacidad. Mientras decimos eso, no lo creemos del todo, y Dios tiene que hacer algo para que estemos plenamente convencidos del hecho. Si no fuese por la ley, nunca hubiéramos conocido cuán débiles somos.

Pablo aclara esto en Romanos 7:7: “Yo no conocí el pecado sino por la ley: porque tampoco hubiera conocido la codicia, si la ley no dijera: ‘No codiciarás’”. Cualquiera que fuera la experiencia de Pablo con el resto de la ley, recién por el décimo mandamiento encaró el asunto. Ahí se vio cara a cara con su total incapacidad y fracaso.

Cuanto más tratamos de guardar la ley, tanto más se manifiesta nuestra debilidad, hasta que se demuestra claramente que somos tan débiles que, en nosotros mismos, no nos queda esperanza alguna. Dios lo sabía antes, pero nosotros no, y así Dios tuvo que traernos por experiencias dolorosas al reconocimiento del hecho. Necesitamos una demostración, más allá de toda discusión, el que seamos *tan* débiles. Es por eso que Dios nos dio la ley.

Así, con reverencia, podemos decir que Dios no nos dio la ley para guardarla. ¡Nos dio la ley para quebrarla! Él sabía muy bien que nosotros no podíamos observarla. Somos tan malos que Él no nos pide favor alguno, ni hace demandas. Ningún hombre ha logrado hacerse aceptable a Dios por medio de la ley. En ninguna parte del Nuevo Testamento dice que la ley fuera dada para ser guardada; pero sí dice que la ley fue dada para que hubiera trasgresión. “La ley se introdujo para que el pecado abundase...”

(Ro. 5:20). ¡La ley fue dada para ponernos en evidencia como quebrantadores de la ley! Indudablemente soy pecador, “pero yo no conocí el pecado sino por la ley..., porque sin la ley el pecado está muerto..., pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (Ro. 7:7-9). La ley es la que expone nuestra verdadera naturaleza. ¡Ay! somos tan vanidosos, nos conceptuamos tan fuertes, que Dios tiene que darnos algo para comprobar cuán débiles somos. Al fin lo vemos y confesamos: “Soy un pecador, ciento por ciento, y no puedo hacer nada para agradar a Dios”.

Así, la ley no fue dada en la esperanza de que la guardáramos: fue dada en el pleno conocimiento de que la quebrantaríamos. Cuando la hayamos quebrantado tan completamente que seamos convencidos de nuestra absoluta necesidad, entonces la ley habrá servido su propósito. Ha sido nuestro ‘ayo’ para llevarnos a Cristo, para que Él pueda guardarla en nosotros (Gá. 3:24-25).

CRISTO EN NOSOTROS, EL FIN DE LA LEY

Hay todavía una ley de Dios, y ahora hay un “nuevo mandamiento” que exige mucho más que el antiguo, pero ¡alabado sea Dios! sus demandas son cumplidas, pues es Cristo quien las cumple; es Cristo quien obra en mí lo que agrada a Dios. “No he venido para abrogar, sino para cumplir (la ley)”; esas son sus palabras (Mt. 5:17). Así Pablo, gozando el bien de la resurrección, puede decir: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que *en* vosotros produce (*obra*), así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:12-13).

Dios es el que obra en nosotros. La liberación de la ley no quiere decir que estamos eximidos de hacer la voluntad de Dios, sino que quedamos libres de tener que hacerla como de nosotros mismos. Desde aquí en adelante ‘Otro’ lo hace **en** nosotros. Una vez que estamos plenamente persuadidos de que no podemos satisfacer la voluntad de Dios, ya ni siquiera lo intentaremos. Más bien, pondremos nuestra confianza en el Señor, a fin de que Él manifieste en nosotros **su** vida de resurrección. Desde ahora en adelante, si algo se hace, debe ser el Señor – únicamente - quien lo haga. Infelizmente, algunos de nosotros, a pesar de saber que no podemos guardar la ley, aún procuramos cumplirla...

Voy a ilustrar esta verdad por lo que he visto en mi patria. En la China, algunos peones pueden llevar una carga de sal de unos 120 kilos, y algunos, hasta 250 kilos. Pero aquí viene un hombre que sólo puede levantar 120 kilos y hay una carga de 250. Sabe perfectamente bien que no la puede cargar y, si es prudente, dirá: “No la tocaré”. Pero la tentación de probar es inherente en la naturaleza humana, así que, aunque es imposible que la lleve, todavía trata de hacerlo. Cuando jovencito, me divertía observando a diez o veinte de esos hombres que llegaban y probaban, aunque cada uno de ellos sabía que le era imposible. Al fin tuvieron que dejar y dar lugar al que pudiera.

Cuanto antes abandonemos tales ‘pruebas’, mejor, porque ocupando nosotros el terreno, no hay lugar para el Espíritu Santo. Pero si decimos, “No lo haré, confiaré en Ti. Tú lo has de hacer en mí”, entonces hallaremos que una fuerza más poderosa que nosotros nos lleva adelante.

En el año 1923 me encontré con un evangelista renombrado. Yo había dicho algo parecido a lo de arriba, y como volvimos a su hogar juntos, observó: “La enseñanza de Romanos 7 es poco proclamada hoy en día; es bueno oírla de nuevo. El día que fui librado de la ley, fue un día de cielo en la tierra. Después de ser creyente durante años, seguí tratando de hacer lo mejor que pude para agradar a Dios, pero cuanto más procuré tanto más fracasé. Conceptué a Dios como el ser más exigente del universo, pero me hallaba impotente de cumplir la menor de sus demandas. Un día cuando leía Romanos 7, repentinamente, fui iluminado y vi que no solamente había sido librado del pecado sino también de la ley. Asombrado, salté y dije: “Señor, ¿es que verdaderamente no me impones más demandas? Entonces no necesito hacer nada más para Ti”.

Las exigencias de Dios no han cambiado, pero no somos nosotros los que podemos cumplirlas. ¡Alabado sea Dios! Él es el Legislador sobre el trono, y Él es el guardador de la ley en mi corazón. Él que dio la ley, Él mismo la guarda. Él hace las demandas, pero Él mismo las cumple. Mi amigo bien podía saltar y exclamar cuando descubrió que no tenía nada que hacer, y todos los que hacen tal descubrimiento, bien pueden hacer lo mismo. Mientras que nosotros tratamos de hacer algo, Dios no puede hacer nada. Es por causa de nuestros esfuerzos, que fracasamos, y fracasamos, y fracasamos. Dios quiere demostrarnos que no podemos hacer nada, y hasta que eso no sea plenamente reconocido, nuestros desalientos y desilusiones no cesarán.

Un hermano que estaba tratando de luchar para ganar la victoria, me dijo: “No sé por qué soy tan débil”. “Lo que le pasa a usted”, le dije, “es que es débil para hacer la voluntad de Dios, pero no es lo suficientemente débil como para mantenerse del todo fuera de esas cosas. Aún no es bastante

débil; pero cuando esté reducido a la absoluta incapacidad y persuadido de que no puede hacer nada, entonces Dios hará todo”.

Todos necesitamos llegar al punto donde decimos: “Señor, no puedo hacer ninguna cosa para Ti, pero confío en Ti para que Tú lo hagas todo en mí”.

UNA ILUSTRACIÓN AL CASO

En cierto tiempo estaba parando en determinado lugar con unos veinte hermanos más.

Había inadecuada provisión para bañarnos en el lugar donde estábamos, así que íbamos para tomar una zambullida diaria en el río. En una ocasión un hermano sintió calambres en una pierna y estaba hundiéndose: así que, alerté a otro hermano - un experto nadador -, para que acudiera a su rescate, pero no hizo movimiento alguno. Desesperado, grité: “¿No te das cuenta que el hermano se está ahogando?” Otros hermanos, tan agitados como yo, también gritaron vigorosamente. Pero nuestro buen nadador continuó en su inactividad. Con calma y serenidad, se quedó donde estaba. Mientras tanto la voz del pobre hermano que se ahogaba era más apagada, y sus esfuerzos, más débiles. En mi corazón dije: “¡Odio a ese hombre! ¡Pensar que él dejara ahogar a un hermano ante sus propios ojos sin acudir a su rescate!”

Pero, cuando el hombre estaba ya hundiéndose, con algunas rápidas brazadas, el nadador se puso a su lado, y pronto ambos estaban en tierra. Cuando me vino la oportunidad, le expresé mis opiniones. “Nunca he visto a un cristiano que ame tanto su propia vida como usted”, le dije. “Piense en la angustia que podría haberle ahorrado al hermano, si usted sólo se hubiera considerado menos a sí mismo, y más a él”.

Pero el nadador conocía mejor el asunto que yo. Dijo: “Si yo hubiera acudido antes, él, en su pánico, me habría agarrado *tan* fuertemente que ambos nos habríamos ido al fondo. Un hombre que se está ahogando no puede ser salvado hasta que esté absolutamente exhausto y deje de hacer el menor esfuerzo para salvarse”. ¿Lo ves? Cuando nosotros - al fin - abandonamos el problema, o la derrota, o lo que sea, entonces entra Dios. Él está esperando hasta que lleguemos al fin de nuestros recursos y ya no podamos hacer nada más para nosotros mismos. Dios ha condenado todo lo que es de la antigua creación y lo ha consignado a la Cruz. “La carne para nada aprovecha” (Jn. 6:63). Si tratamos de hacer algo nosotros mismos, estamos prácticamente repudiando la Cruz de Cristo. Dios nos ha declarado aptos sólo para muerte. Cuando verdaderamente creemos esto, entonces confirmamos el fallo divino, y abandonamos todos nuestros propios esfuerzos para salir a flote. Cada esfuerzo nuestro de hacer su voluntad es una negación de su declaración en la Cruz acerca de nuestra absoluta inutilidad.

Nuestros continuados esfuerzos son señal de que, por un lado, hemos entendido mal las demandas divinas, y por otro, cuáles son sus infinitos recursos.

Contemplamos la ley y pensamos que debemos cumplir sus demandas, pero necesitamos recordar que, aunque la ley en sí misma está bien, puede estar mal aplicada si no corresponde a la persona en cuestión. El “miserable hombre” de Romanos 7 trató de afrontar él mismo las demandas divinas, y eso fue la causa de angustia. El repetido uso de la primera persona (el yo) da la clave del fracaso. “El querer el bien está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18). Había un concepto erróneo fundamental en la mente de ese hombre. Él pensaba que Dios le pedía a él guardar la ley, y así por consiguiente

estaba tratando de guardarla. Pero Dios no requería ninguna cosa de Él.
¿Cuál fue el resultado? Lejos de hacer lo que agradaba a Dios, se hallaba haciendo lo que le desagradaba. En sus mismos esfuerzos de hacerla, hizo exactamente lo opuesto de lo que él sabía ser la voluntad divina.

“GRACIAS A DIOS”

Romanos 6 trata del “cuerpo de pecado” (6:6); Romanos 7 trata del “cuerpo de muerte” (7:21). En el capítulo 6, todo el tema que nos presenta es el “pecado”: en el capítulo 7 nos presenta la “muerte”. ¿Cuál es la diferencia entre cuerpo de pecado y cuerpo de muerte. Mi actividad respecto al pecado hace de mi cuerpo un cuerpo de pecado: mi inactividad con respecto a la voluntad de Dios lo hace un cuerpo de muerte.

¿Has descubierto la verdad de esto en tu vida? No basta haberla descubierto en Romanos 6 y 7. ¿Has descubierto que estás llevando el peso muerto de un cadáver en relación a la voluntad de Dios? No tienes dificultad en hablar acerca de las cosas terrenas, pero cuando tratas de hablar para el Señor tienes impedimento en el habla; cuando tratas de orar, te sientes medio dormido; cuando tratas de hacer algo para el Señor, te sientes indispuerto. Puedes hacer cualquier cosa salvo aquellas que se relacionan con la voluntad divina. Hay algo en este cuerpo que no armoniza con la voluntad de Dios.

¿Qué significa muerte? Muerte es la debilidad en su punto extremo; debilidad, enfermedad, muerte. La muerte significa total debilidad, débil hasta tal grado que no podrá ser peor.

Que yo tenga un cuerpo de muerte en relación con la voluntad de Dios, significa que soy tan débil con relación a servir a Dios, tan completamente débil, que soy reducido a un grado de lamentable desamparo. “¡Miserable de mí! – exclamo - ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Ro. 7:24). Es bueno cuando clamar así. No hay nada más melodioso en los oídos del Señor. Este clamor es el más espiritual y el más escritural que puede un hombre articular. Sólo lo hace cuando se ha dado cuenta que nada puede hacer y que, a partir de ese punto, deja de hacer nuevas resoluciones.

Antes de llegar a este punto decisivo, cada vez que fracasa, hace una nueva resolución y dobla y redobla su fuerza de voluntad. A la larga, descubre que no hay posibilidad de hacer más determinaciones y clama en su desesperación: “¡Miserable de mí!” Con eso ha llegado a un grado donde desespera de sí mismo.

¿Has desesperado de ti mismo o todavía esperas que si leyeras más, u oraras más, serías mejor cristiano? El leer y el orar no son cosas equivocadas, pero la equivocación está en confiar en ellos para la victoria. Nuestra confianza debe estar en Cristo sólo. Felizmente el “miserable hombre” no meramente deplora su miseria, sino hace una pregunta excelente, a saber: “**¿Quién me librá?**” “¿Quién?” Hasta aquí estuvo buscando un 'algo', ahora busca un 'quien'. Hasta aquí ha mirado *adentro* por la solución de su problema: ahora busca un Salvador *fuera* de sí mismo.

No pone más en juego el esfuerzo propio; toda su expectativa está ahora en Otro. ¿Cómo obtuvimos el perdón de los pecados? ¿Fue por la lectura, la oración, las buenas obras, etc.? No, miramos a la Cruz, confiando en lo que el Señor había hecho. La liberación del pecado opera exactamente sobre ese mismo principio. En el asunto del perdón miramos a Él sobre la Cruz: en el asunto de la liberación miramos a Él *en nosotros*.

Acerca del *perdón* dependemos de lo que Él ha hecho: en relación a la *liberación* dependemos de lo que Él ha de hacer en nosotros. Pero en relación, *tanto* al perdón como a la liberación, nuestra dependencia será de Él sólo. Él es quien hace todo.

En la época en que fue escrita la epístola a los Romanos, había un castigo de asesino que era extraordinario y terrible. El cadáver del muerto era atado al cuerpo vivo del asesino; cara a cara, mano a mano, pie a pie... Así los dos cuerpos quedaban atados el uno al otro hasta la muerte del asesino.

El asesino estaba en libertad de moverse a donde pudiera y quisiera, pero por todas partes tenía que arrastrarse *con* el cadáver de su víctima. Así Pablo se sentía ligado a un cuerpo muerto, siendo incapaz de librarse. Donde quiera que fuese, estaba impedido con esta carga terrible. Cuando no aguantó más, exclamó: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Pero su grito de desesperación es seguido inmediatamente por un grito de júbilo. “Gracias doy a Dios, **por Jesucristo Señor nuestro**” (Ro. 7:25).

Se sabe que la justificación es por medio del Señor Jesús y que no requiere obra de nuestra parte; pero, luego, se suele creer que la santificación dependa de nuestros esfuerzos. Creemos que solamente obtenemos el perdón por confianza completa en el Señor; y, luego, nos parece que sólo podamos obtener liberación por algo que hagamos nosotros... Es que tememos que, si no hacemos nada, nada sucederá. Después de la salvación, la vieja costumbre de *hacer algo* se afirma de nuevo y comenzamos otra vez con nuestros esfuerzos propios. Entonces la Palabra de Dios se oye de nuevo: “**¡Consumado es!**”. Él ha hecho todo en la Cruz para mi perdón, y está haciendo todo en mí para mi liberación. En ambos casos, Él es el Hacedor. “Dios es el que en vosotros produce el querer como el hacer” (Fil. 2:13).

Las primeras palabras del hombre liberado son muy preciosas: “Gracias doy a Dios”. Si alguien te da un vaso de agua, le agradeces a él, no a ningún otro. ¿Por qué dijo Pablo: “Gracias doy a Dios”? Porque Dios era el que hizo todo. Si hubiera sido Pablo quien lo hiciera, habría dicho: “Gracias doy a Pablo”; pero vio que Pablo era un “miserable” y que sólo Dios podía atender a su necesidad. Así que, dijo: “¡Gracias doy a Dios!”. Dios quiere hacer todo, porque Él quiere toda la gloria. Si nosotros hiciéramos parte de la obra entonces nos tocaría algo de la gloria; pero Dios la quiere toda, así que, Él hace toda la obra desde el comienzo hasta el fin.

Lo que hemos dicho en este capítulo podría parecer negativo y no muy práctico, si es que quedásemos aquí, como si la vida cristiana consistiera en sentarnos y esperar que algo suceda... Por supuesto, esto no es así. Todos los que la viven, saben que es asunto de una fe en Cristo muy positiva y muy activa; que es un nuevo principio de vida: “la ley del Espíritu de vida”.

Pablo explica en los primeros nueve versículos del capítulo 8 cómo obtenemos la liberación y cómo somos capacitados para vivir una vida santa en el mundo. Él muestra que es todo por el Espíritu Santo. Veremos ahora los efectos en nosotros de este nuevo principio de vida.

7

ANDANDO EN EL ESPÍRITU

Llegando ahora a Romanos capítulo 8, debemos primeramente resumir el argumento de la segunda sección de la epístola: capítulo 5:12, hasta el fin

del capítulo 8.

POSICIÓN Y EXPERIENCIA

Tenemos cuatro diferentes aspectos en relación con la obra de Dios en la redención: el capítulo 5, “en Adán”; el capítulo 6, “en Cristo”; el capítulo 7, “en la carne”; el capítulo 8, “en el Espíritu”. En esto vemos cuatro diferentes principios y debemos discernir claramente la relación entre ellos. Tenemos “en Adán” contra “en Cristo”, mostrando nuestra posición; lo que éramos por naturaleza y luego lo que ahora somos por la fe en la obra redentora de Cristo.

También tenemos “en la carne” contra “en el Espíritu” y esto se relaciona con nuestro andar, como asunto de experiencia práctica. Creemos que basta estar “en Cristo”, pero debemos también andar “en el Espíritu” (Ro. 8:9). He aquí, uno de los más importantes puntos de la vida cristiana. Aunque de hecho estoy en Cristo, con todo si viviera “en la carne”, es decir, en mi propio poder, experimentaré más bien lo que está “en Adán”. Si quiero experimentar todo lo que está “en Cristo”, entonces debo aprender a andar “en el Espíritu”.

El uso frecuente de las palabras “en el Espíritu” en la primera parte de Romanos 8, sirve para enfatizar esta nueva e importante lección de la vida cristiana.

ANDAR EN LA CARNE O EN EL ESPÍRITU

La carne se relaciona con Adán; el Espíritu con Cristo. Vivir en la carne significa sencillamente que tratamos de hacer algo en nuestra propia energía natural. Esto es vivir por la fuerza que emana de la vieja fuente natural de vida que heredé de Adán, y así gozo de todo lo que se encuentra en él: ¡provisión adecuada para poder pecar! Ahora bien, lo mismo se aplica al que está ‘en Cristo’. Para gozar en experiencia de lo que es mío en Él, debo aprender lo que es andar ‘en el Espíritu’. Es un hecho histórico que ‘en Cristo’ mi viejo hombre fue crucificado, y es un hecho que, actualmente, soy bendecido “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales” (Ef. 1:3), pero si no vivo ‘en el Espíritu’, entonces mi vida puede ser una contradicción del hecho de que estoy ‘en Cristo’, porque lo que es verdad para mí, como el estar ‘en Él’, *no* se manifiesta en mí...

Puedo reconocer que estoy ‘en Cristo’, pero tal vez también tenga que reconocer que mi viejo mal genio se manifieste mucho. ¿Cuál es el problema? El problema es que me estoy aferrando a la verdad objetiva, cuando esa verdad objetiva debe llegar a ser verdad ‘subjetiva’; y esto ocurrirá en la medida en que yo viva ‘en el Espíritu’.

No sólo estoy ‘en Cristo’, pero Cristo está en mí. Y de la misma forma en que naturalmente un hombre no puede vivir ni trabajar bajo agua, sino sólo donde puede respirar, así también espiritualmente, Cristo mora y se manifiesta, no ‘en la carne’, sino ‘en el espíritu’. Por tanto, si vivo ‘según la carne’, hallo que lo mío en Cristo se mantiene, por decirlo así, pero en suspenso. Aunque *de hecho* estoy en Cristo, sin embargo, estoy viviendo en la carne - vale decir en mi propia fuerza y bajo mi propio gobierno - entonces, *en la experiencia*, descubro con tristeza que en mí se manifiesta lo que está en Adán. Leemos en la Palabra lo que quiere Dios, e inmediatamente nos ponemos a hacerla.

Por ejemplo, cuando descubrimos en la Palabra que debemos ser humildes, en vez de echarnos en entera dependencia sobre el Señor, inmediatamente

reunimos nuestras fuerzas y determinamos que en lo sucesivo trataremos de ser humildes; y somos tan sinceros en esto que nos imaginamos que estamos andando bien, cuando en realidad estamos esquivando el punto fundamental. Si yo quiero conocer, *experimentalmente*, todo lo que hay 'en Cristo', debo aprender a vivir 'en el Espíritu'. Vivir 'en la carne' significa que creemos que nosotros mismos podemos hacer y deshacer: en consecuencia, eso es lo que intentamos. Cuando caemos en la cuenta de la corrupción de nuestra propia naturaleza, entonces, al descubrir las demandas divinas en la Palabra, ya no trataremos de afrontarlas en nuestro poder, sino sencillamente reconoceremos nuestra absoluta debilidad y diremos:

“Señor, yo no puedo; rehúso intentarlo. Si Tú no lo efectúas en mí y por mí, entonces nunca será hecho”. Cuando vemos que Dios requiere humildad de nosotros, ya no trataremos más de producir humildad, sino que, sencillamente, volveremos al Señor, y le diremos: “Señor, por mí mismo, yo no puedo ser humilde, pero confío en que Tú has de demostrar tu humildad en mí”.

Vivir 'en el Espíritu' significa que yo confíe que el Espíritu Santo haga en mí lo que yo soy incapaz de hacer. Esta vida es totalmente diferente de la que yo naturalmente viviría por mí mismo. Cada vez que me encuentre frente a una nueva demanda del Señor, le miro a Él para que Él haga en mí lo que requiere de mí. No es un caso de 'probar', sino simplemente de confiar: no de 'luchar', sino de descansar en Él. Si yo tengo un mal genio, pensamientos impuros, una lengua resposdona, o un espíritu crítico, no haré la menor cosa para cambiarme a mí mismo, sino que me entregaré al Espíritu para que Él produzca en mí la pureza necesitada, o la humildad, o la mansedumbre.

Sencillamente me pondré a un lado y dejaré que Dios lo haga todo por su Espíritu Santo. Esta es la aplicación del viejo mandato de: “Estad firmes, y ved la salvación que el SEÑOR hará hoy con vosotros” (Éx. 14:13).

Algunos de vosotros seguramente habéis tenido experiencias de este tipo. Habéis sido invitados a ir y visitar a un amigo, y el amigo no fue muy amable, pero confiasteis que el Señor os ayudaría. Le dijisteis al Señor, antes de salir, que vosotros mismos no haríais más que fracasar, y le pedisteis todo lo necesario. Entonces, con gran sorpresa, no os sentisteis irritados, aunque vuestro amigo se mostró poco afable. Al volver a casa, meditasteis en la experiencia y os maravillasteis de que os mantuvierais tan serenos y os preguntasteis si estaríais tan serenos la próxima vez. Os sorprendisteis de vosotros mismos y buscasteis una explicación. Esta es la explicación: el Espíritu Santo os sostuvo.

Infelizmente sólo tenemos esta clase de experiencia de vez en cuando; pero debería ser una experiencia constante. Cuando el Espíritu Santo controla las cosas, no hay necesidad de esfuerzo por nuestra parte. No es un caso de decidiros a resistir y luego pensar que os hayáis controlado maravillosamente y hayáis alcanzado una gloriosa victoria. No, donde hay verdadera victoria, no hay esfuerzo humano, ni jactancia. El Señor nos lleva adelante.

El objeto de la tentación es siempre conseguir que hagamos algo nosotros. Durante los primeros tres meses de la guerra de China con Japón, perdimos un gran número de tanques y así fuimos incapaces de hacer frente a los tanques japoneses hasta que fue ideada la siguiente táctica: Un solo tiro fue dirigido hacia un tanque japonés por uno de nuestros francotiradores en emboscada. Después de un considerable lapso, el primer tiro sería seguido

por un segundo. Y entonces un largo silencio; luego otro tiro; hasta que el conductor del tanque ansioso de descubrir de dónde venían los tiros, sacaba la cabeza para investigar. El tiro siguiente terminaba con él.

Mientras el japonés quedaba protegido, estaba perfectamente a salvo. Toda la maniobra fue inventada para que sacara la cabeza desprotegida.

Asimismo, las tentaciones de Satanás no son, en primer lugar, el llevarnos a hacer algo particularmente pecaminoso, sino meramente hacer que procedamos en nuestra *propia* energía, y en el momento mismo en que demos el primer paso en esa supuesta autonomía, él ya ha ganado una victoria. Mientras no nos movamos de nuestro escondite ‘en Cristo’, mientras no pasemos al nivel ‘de la carne’, Satanás *no* nos puede vencer. El camino divino de la victoria no permite nada de nuestra acción, es decir, fuera de Cristo. Nuestra victoria consiste en escondernos ‘en Cristo’ y no hacer nada, confiando que Él hará absolutamente todo. En el momento de movernos, empezamos a perder terreno. Esto es porque en cuanto nos movamos, corremos peligro, pues nuestras inclinaciones naturales nos llevan en dirección equivocada. ¿Dónde pues, buscaremos ayuda? Miremos ahora en Gálatas 5:17: “El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne”.

En otras palabras, la ‘carne’ no batalla contra nosotros, sino contra el Espíritu Santo, porque “estos se oponen entre sí”, y es Él, no nosotros, quien enfrenta la carne y procede contra ella. ¿Qué es el resultado? “...que no hagáis lo que quisierais”.

Creo que muchas veces hemos interpretado mal el significado de esta última cláusula del versículo. Veamos. ¿Cómo procederíamos nosotros naturalmente? Seguiríamos un curso de acción, llevados por nuestros propios instintos, que nada tienen que ver con la voluntad de Dios. El efecto, pues, de negarnos a actuar por nuestra cuenta, será que el Espíritu Santo, sí, tendrá libertad de enfrentar y tratar con la carne en nosotros, con el resultado de que no haremos lo que por naturaleza haríamos: es decir, no obraremos de acuerdo a nuestra inclinación natural, no emprenderemos planes propios; sino que hallaremos nuestra satisfacción en su perfecto plan. Si vivimos en el Espíritu, podemos quedarnos a un lado y contemplar cómo el Espíritu Santo gane nuevas victorias sobre la carne cada día. “Andad según el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne” (Gá. 5:16-VM). El Espíritu Santo nos ha sido dado para encargarse de este asunto. Nuestra victoria reside en escondernos en Cristo, y en confiar en sencillez que su Santo Espíritu venza en nosotros las concupiscencias carnales con sus propios deseos nuevos. La Cruz ha sido dada para procurarnos la salvación; el Espíritu Santo ha sido dado para llevarla a cabo en nosotros. Cristo crucificado, resucitado y glorificado, es la base de nuestra salvación: ***Cristo en nosotros***, por el Espíritu, es el poder de nuestra salvación.

CRISTO NUESTRA VIDA

“¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo!” Esa exclamación de Pablo es en realidad lo mismo que lo que dice en Gálatas 2:20, el versículo que sirve como clave para nuestro estudio: “Ya no vivo yo... mas vive Cristo...” Vimos cuán a menudo se usa la palabra “yo” en Romanos 7, culminando en el grito de agonía: “¡Miserable de mí!” Luego sigue la exclamación de liberación: “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo!”, y es evidente que Pablo descubrió que *la vida que gozamos es la vida de Cristo únicamente*. Pensamos en la vida cristiana como una “vida transformada” pero en

realidad no es así. Dios nos ofrece una “vida canjeada”, una “vida sustituida”, y Cristo es el Sustituto en nosotros. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. No es algo que tenemos que producir nosotros. Es la vida de Cristo mismo reproducida en nosotros.

¿Cuántos cristianos creen en la “reproducción” en este sentido, como algo más que la regeneración? Regeneración quiere decir que la vida de Cristo es plantada en nosotros por el Espíritu Santo; eso es el nuevo nacimiento. “Reproducción” *es* algo más: quiere decir que la vida nueva crece y se manifiesta progresivamente en nosotros hasta que la misma imagen de Cristo empiece a ser reproducida en nuestras vidas. Eso es lo que Pablo quería decir cuando dijo a los Gálatas: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea *formado* en vosotros” (Gá. 4:19).

Estaba pasando unos días en la casa de un matrimonio creyente; y no tardaron en pedirme que orase por ellos. Al preguntarles cuál era su problema, me confesaron:

“Nos impacientamos tan fácilmente con los chicos que durante las últimas semanas los dos nos hemos enojado varias veces al día. En verdad, estamos deshonrando al Señor. ¿No quiere usted rogar que Él nos dé paciencia?”

“Esa es una cosa que yo no puedo hacer - les contesté -. Estoy seguro que Dios no ha de contestar a esa oración”. Entonces me dijeron con asombro: “¿Querrá usted decir que hemos llegado a tal punto que Dios ya no esté dispuesto a escucharnos cuando le pedimos que nos dé paciencia?”

“No, no exactamente eso, pero ustedes, sí, han orado en este sentido. ¿Les contestó Dios? ¿No...! ¿Saben por qué? Porque *no* tienen necesidad de paciencia”.

Los ojos de la señora se abrieron al máximo y exclamó: “¿Qué está diciendo usted? ¿Qué no necesitamos paciencia, y sin embargo nos impacientamos todo el día? Eso no tiene sentido. ¿Qué es lo que usted realmente quiere decir?”

Entonces, le repliqué: “No es paciencia lo que ustedes necesitan, sino a Cristo mismo”.

Dios *no* nos dará humildad o paciencia o santidad o amor como distintos dones de su gracia. Él no es un comerciante que dispensa su gracia en paquetes, dando un poco de paciencia a los impacientes, un poco de amor a los que no aman, un poco de mansedumbre a los altivos... Nos dio un solo don para satisfacer toda nuestra necesidad: su Hijo Jesucristo. A medida que confiamos en Él para que viva su vida en nosotros, Él será en nosotros humilde, paciente, amoroso y todo lo demás que nos haga falta. Recordemos la palabra en la primera epístola de Juan: “Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1ª Jn. 5:11-12). La vida de Dios no nos es dada por separado; la vida de Dios nos es dada en el Hijo. Es “vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 6:23). La relación que tenemos con el Hijo, es la misma que tenemos con la vida.

Bendita cosa es descubrir la diferencia entre los dones cristianos y Cristo: conocer la diferencia entre la mansedumbre y Cristo, entre la paciencia y Cristo, entre el amor y Cristo. Recordemos lo que se nos dice en 1ª Corintios 1:30: “Cristo Jesús... nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”. El concepto general de la santificación es que cada parte de la vida sea santa; pero esto no es santidad, sino el *fruto* de la santidad.

La santidad es Cristo. Es el Señor Jesús que nos ha sido hecho santidad. Se puede hacer lo mismo con cualquier otra cosa: amor, humildad, poder, dominio propio. Hoy nos hace falta paciencia. ¡Él es nuestra paciencia! Mañana quizás, precisemos pureza. Por eso Pablo habla del “fruto del Espíritu” (Gá. 5:22) y no de “frutos” como cosas separadas. Dios nos ha dado su Espíritu Santo, y cuando necesitamos amor, el fruto del Espíritu es amor, cuando necesitamos gozo, el fruto del Espíritu es gozo. Siempre es así. No importa cuál es nuestra deficiencia personal, o nuestras muchas deficiencias; Dios siempre tiene una respuesta suficiente: su Hijo Jesucristo, y Él es la respuesta para cada necesidad humana.

¿Cómo podemos experimentar más de Cristo en esta forma? Solamente por una mayor conciencia de nuestra necesidad. Algunos tienen temor de descubrir alguna deficiencia en sí mismos, y por lo tanto nunca crecen. Crecer *en gracia* es el único sentido en que podemos crecer, y la gracia, como ya hemos dicho, es Dios haciendo su obra. Todos tenemos al mismo Cristo morando en nosotros, pero la revelación de alguna nueva necesidad nos llevará espontáneamente a confiar en Él, para que Él manifieste su vida en aquel asunto. Mayor capacidad significa un mayor goce de lo que Dios nos da. Cada vez que dejamos de ‘hacer’, y confiamos en Cristo, se conquista un nuevo terreno. “Cristo mi vida”, es el secreto de la expansión. ‘Confiar’ no es meramente un tema de conversación o un pensamiento que satisface. Es una realidad absoluta. “Señor, no lo puedo hacer, por tanto, no intentaré hacerlo”. Es así que la mayoría fallamos, pues deseamos seguir intentando.

“**Señor, no puedo**, y por ello **no** trataré de hacerlo. De aquí en adelante confío en que **Tú lo harás**”. Es decir, yo me niego a actuar, confío en que Él lo hará, y luego entro plena y gozosamente en lo que Él ha iniciado. Esto no es pasividad. Es una vida muy activa la que confía en el Señor de este modo, recibiendo vida de Él, tomándole a Él para que sea nuestra vida, permitiéndole a Él vivir su vida en nosotros.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, mas conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:1-2). Es en el capítulo 8 que Pablo nos presenta el aspecto positivo de la vida en el Espíritu. “Ahora, pues, ninguna condenación hay...” A primera vista, esta declaración puede parecer fuera de su lugar. ¿No es cierto que fuimos librados de la condenación por la Sangre por la cual encontramos paz con Dios y salvación del juicio? (Ro. 5:1, 9). Sí, pero hay dos clases de condenación, es decir, ante Dios y ante mí mismo (como ya notamos que hay dos clases de paz). Cuando veo la Sangre sé que mis pecados son perdonados y que no hay más condenación ante Dios; pero, a pesar de esto, puedo todavía conocer la derrota; y el sentido de condenación en mí mismo puede ser muy real, como se ve en Romanos 7. Pero si he aprendido a vivir por **Cristo** como mi vida, entonces he captado el secreto de la victoria y, ¡alabado sea Dios!, “ahora, pues, *ninguna* condenación hay”. “El ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Ro. 8:6), y esto llega a ser mi experiencia a medida que aprenda a andar en el Espíritu. Con paz en mi corazón, no tengo tiempo para sentirme condenado, solamente para alabarle a Él quien me lleva adelante de victoria a victoria.

EL CUARTO PASO: ANDAR CONFORME AL ESPÍRITU

¿Qué quiere decir andar “conforme al Espíritu”? (Ro. 8:1, 4). Quiere decir dos cosas; en primer lugar, no es obrar, es **andar**. ¡Alabado sea Dios!, aquel costoso e inútil esfuerzo de procurar - “en la carne” - de agradar a Dios ha dejado lugar a una dependencia bendita y reposada en “la operación de su fortaleza, la cual obra en mí con poder” (Col. 1:29-VM). Por esto Dios habla de las “obras” de la carne, pero del “fruto” del Espíritu (Gá. 5:19, 22). En segundo lugar, “andar conforme” implica sujeción. Andar “conforme a la carne” significa que me entrego a los dictámenes de la carne, y los siguientes versículos en Romanos 8:5-8 señalan claramente a dónde me conducirá esto. Sólo me pondrá en conflicto con Dios.

Andar “conforme al Espíritu” quiere decir ser sujeto al Espíritu. Hay una cosa que el que anda conforme al Espíritu no puede hacer, y eso es llegar a ser independiente de Él. Tengo que sujetarme al Espíritu Santo: la iniciativa de mi vida tiene que ser con Él. Solamente a medida que me entregue para obedecerle, encontraré “la ley del Espíritu de vida” en plena operación en mí. “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios” (Ro. 8:14).

Nos son familiares las palabras de la ‘Bendición’ en 2ª Corintios 13:14: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén”. El amor de Dios es la fuente de toda bendición espiritual, la gracia de nuestro Señor Jesucristo ha hecho posible que aquella riqueza espiritual venga a ser nuestra, y la comunión del Espíritu Santo es el medio por el cual nos es impartida.

El amor es algo escondido en el corazón del Padre, la gracia es aquel amor expresado en el Hijo, y por la comunión se imparte aquella gracia por el Espíritu. Lo que el Padre ha ideado a favor nuestro, el Hijo ha llevado a cabo, y ahora el Espíritu nos lo comunica. Así que, cuando vemos algo nuevo que el Señor nos ha procurado en su Cruz, no tratemos de apropiarlo por nuestros esfuerzos propios, sino en una actitud de continua sujeción y obediencia, miremos al Espíritu para que Él nos lo imparta; porque nuestro Señor ha mandado a su Espíritu con este mismo propósito, para que Él nos comunique todo lo que es nuestro en el Señor Jesús (Jn. 16:13-15).

8

EL ETERNO PROPÓSITO DE DIOS

“La gloria de Dios” (Ro. 3:23). “... *la libertad gloriosa de los hijos de Dios*” (Ro. 8:21).

Hemos hablado de la necesidad de revelación, de la fe y de la consagración, si es que hemos de conocer la vida cristiana normal; pero a menos que veamos el objetivo que Dios tiene en vista, nunca comprenderemos por qué estos tres pasos son necesarios para llevarnos a la plenitud que Dios nos ha preparado.

Por consiguiente, contemplemos el gran objetivo divino. ¿Cuál es el propósito de Dios en la creación, y cuál es su propósito en la redención? En Romanos 3:23 leemos “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. El propósito de Dios fue “la gloria”, pero el pecado desbarató su propósito haciendo que el hombre no alcanzara su gloria. Cuando pensamos en la cuestión del pecado, instintivamente pensamos en el juicio que trae ‘aparejado’. Invariablemente, asociamos el pecado con la condenación y el infierno. El pensamiento del hombre es siempre del castigo que le vendrá por pecar. Pero el pensamiento de Dios siempre se enfoca en *‘la gloria que*

pierda, si peca. El resultado del pecado es que perdemos la gloria de Dios; el resultado de la redención es que somos habilitados para la gloria. El propósito de Dios en la redención es gloria, gloria, gloria. Esta consideración nos lleva a la segunda parte de Romanos 8, donde se desarrolla este tema.

“EL PRIMOGÉNITO ENTRE MUCHOS HERMANOS”

“...Somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos de Dios y coherederos de Cristo, si es que padecemos juntamente con El, para que juntamente con El seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse... Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó” (Ro. 8:16, 18, 29-30).

¿Cuál era el objeto de Dios? Qué su Hijo fuera **“el primogénito entre muchos hermanos”**, y que todos fuesen hechos conformes a su imagen. ¿Cómo realizó Dios su propósito? **“A los que justificó, a estos también glorificó”**. El propósito de Dios, entonces, en creación y redención, era hacer de su Hijo **“el primogénito entre muchos hermanos”**. Eso, tal vez, signifique muy poco para muchos cristianos, pero estudiémoslo más cuidadosamente.

En Juan 1:14 vemos que el Señor Jesús era el Unigénito Hijo de Dios: **“y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre) lleno de gracia y de verdad”**. Que Él fuera el Unigénito de Dios implica que Dios no tuvo otro Hijo aparte de este. Estaba con el Padre desde toda la eternidad. Pero, para la plena satisfacción del Padre, no era suficiente que Cristo ¡quedara como Hijo Unigénito! Quería que fuera también ‘Primogénito’.

¿Cómo podría el Unigénito venir a ser Primogénito? La contestación es sencilla: por la llegada de más hijos. Si uno tiene un solo hijo, este es el unigénito; pero si en lo sucesivo tiene otros más, entonces el primero de todos viene a ser el ‘primogénito’. El propósito divino en la creación y redención era que Dios tuviera ***muchos hijos***. El ansiaba tenerlos y no podía estar satisfecho sin nosotros...

Una vez visité a un hermano de 93 años y cuando me acerqué, tomó mi mano en la suya y, de forma tranquila y reflexiva, me dijo: **“Hermano, ¿sabe que yo no puedo estar sin Él? ¿Y sabe que Él no puede estar sin mí?”** Aunque estuve con él más de una hora, su edad avanzada y su debilidad física hizo imposible una conversación extensa. Pero lo que de esa entrevista permanece en mi memoria es su frecuente repetición de esas dos preguntas: **“Hermano, ¿sabe que no puedo estar sin Él? Y ¿sabe que Él no puede estar sin mí?”**

Al leer la historia del ‘hijo pródigo’, la gente, en general, se impresiona por todas las penas que experimentó este. Piensan en el mal rato que pasó... Pero ése no es el punto importante de la parábola. Más bien está en esto: **“¡Este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado!”** (Lc. 15:24). Ahí está el corazón del relato, no es cuestión de lo que sufrió el hijo, sino de lo que perdió el padre. ***¡Él es quien sufre, Él es quien pierde!*** Una oveja se pierde; ¿quién sufre la pérdida? El pastor. Se pierde una moneda;

¿quién pierde? La mujer. Un hijo se pierde, ¿quién pierde? El padre. He aquí, la enseñanza de Lucas 15.

El Señor Jesús era el Unigénito Hijo, pero el Padre le envió a fin de que el Unigénito también sea el Primogénito, que el Hijo Amado tenga **muchos hermanos**. He aquí, la historia de la Encarnación y de la Cruz; el propósito de Dios se cumple, a saber, en **“llevar muchos hijos a la gloria”** (Hb. 2:10). En Romanos 8:29, leemos “muchos hermanos”; en Hebreos 2:10, leemos “muchos hijos”. Desde el punto de vista del Señor Jesús, se trata de “hermanos”; desde el punto de vista del Padre, se trata de “hijos”.

Pero no termina allí: Dios no desea que sus hijos vivan en un galpón, en una choza, o a la intemperie. Él desea que estén en casa, que participen de la gloria suya. Esa es la explicación de Romanos 8:30: “A los que justificó, a éstos también glorificó”. Dios deseaba tener hijos y deseaba tenerlos **en gloria**. Deseaba poblar el cielo entero con sus hijos. Ese es su propósito en la redención.

EL GRANO DE TRIGO

Pero ¿cómo podía el Unigénito Hijo de Dios venir a ser el Primogénito? El ‘método’ se explica en Juan 12:24: **“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”**. ¿Quién era ese grano? Era el Señor Jesús. En el universo entero Dios tenía un solo grano de trigo; Él no tenía un segundo grano. Dios hizo que aquel único grano cayera en tierra, y muriera... ¡pero de ese único grano brotaron muchos!

En cuanto a su divinidad, el Señor Jesús sigue siempre como el “Unigénito Hijo de Dios”; pero en otro sentido, desde su resurrección y por toda la eternidad, es también “el Primogénito” y su vida es hallada en muchos hermanos, porque somos hechos “participantes de la naturaleza divina” (2ª Pe. 1:4), aunque no, *nótalo bien*, como de nosotros mismos, sino solamente en dependencia de Dios y en virtud de estar ‘en Cristo’. Era por medio de la Encarnación, la Cruz, y la Resurrección, que el ‘Unigénito’ vino a ser, además, el ‘Primogénito’. Así el corazón paterno de Dios quedó satisfecho, pues se aseguró de muchos hijos.

Los capítulos 1 y 20 del Evangelio de Juan son muy preciosos. En el comienzo de su Evangelio nos relata que Jesús era el “Unigénito del Padre”, y al fin nos relata como, después de que el Señor había muerto y resucitado, dijo: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre” (Jn. 20:17). Hasta ahí en este Evangelio, el Señor había hablado de “mi Padre”, pero ahora que ha muerto y resucitado, dice: “Mi Padre y *vuestro* Padre”. ¿Por qué? Porque por su muerte y resurrección muchos hermanos han sido traídos dentro de la familia de Dios, y así en el mismo versículo utiliza este mismo nombre para ellos: “Mis hermanos”. Así también leemos en Hebreos 2:11: “No se avergüenza de llamarlos hermanos”.

LA ELECCIÓN QUE TUVO QUE HACER ADÁN

Dios plantó un gran número de árboles en el huerto de Edén, pero “en medio del huerto”, esto es, en un lugar de especial prominencia, plantó dos árboles, el árbol de vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Adán fue creado inocente; no tenía conocimiento del bien y del mal. ¡Piensa en un hombre que no tiene sentido de lo recto y lo malo! ¿No se diría que tal hombre no esté bien desarrollado? Bueno, eso es exactamente lo que era Adán. Dios puso dos árboles en el huerto para que Adán ejerciese una elección

independiente: podía elegir el árbol de vida, o podía elegir el árbol de la ciencia del bien y del mal.

El conocimiento del bien y del mal no es malo. Estos dos árboles tipifican dos principios profundos. Representan dos planos de vida, el divino y el humano. El “árbol de vida” es Dios mismo, porque Dios es vida. Él es la más alta forma de existencia, y Él es también la fuente y la meta de la vida. Y la fruta, ¿qué es? Es el Señor Jesús. Si Adán tomara del árbol de vida, participaría de la vida de Dios y así vendría a ser un hijo de Dios en el sentido de tener en él una vida derivada de Dios. Con eso se tendría vida de Dios en unión con el hombre: una raza de hombres con la vida de Dios en ellos y *viviendo en constante dependencia de Dios* para aquella vida. Si, por el contrario, Adán tomara del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, entonces desarrollaría su propia humanidad en maneras naturales, aparte de Dios, alcanzando una cima de realización como un ser suficiente en sí; tendría el poder en sí mismo de formar juicios independientes, *pero no tendría vida de Dios*.

Así que, esta fue la elección que tenía que hacer: o por la obediencia ser un hijo de Dios, dependiendo de Dios para su vida, o, por querer ser algo en sí mismo, venir a ser un hombre **egocéntrico**, jugando y actuando aparte de Dios. La historia de la humanidad es el resultado de la elección que hizo.

LA ELECCIÓN DE ADÁN FUE LA RAZÓN DE LA CRUZ

Adán eligió el árbol de la ciencia del bien y del mal y, en consecuencia, tomó posición en un terreno independiente. El resultado fue muerte, más bien que vida. Ahora vemos la razón divina de la muerte y resurrección del Señor Jesús. Vemos también la razón divina de la consagración verdadera; que es, por una parte, considerarnos muertos al pecado, pero vivos a Dios en Cristo Jesús, y, por otra, presentarnos a Él como vivos de entre los muertos. Debemos todos ir a la Cruz, porque lo que está en nosotros por naturaleza es vida propia, sujeta a la ley de pecado. Adán eligió vida propia antes que vida divina, así que Dios tuvo que reunir todo lo que había en Adán y eliminarlo. Nuestro 'viejo hombre' ha sido crucificado. Dios nos ha puesto a todos en Jesús, haciendo que así fuera crucificado como el Último Adán. Así todo lo que es de Adán ha desaparecido.

Entonces, Cristo resucitó y es por participar de su vida de resurrección que somos constituidos hijos de Dios. “A todos los que le recibieron..., les dio potestad de ser hechos hijos de Dios..., son engendrados... de Dios” (Jn. 1:12-13).

Dios no tiene intención de reformar nuestra vida. No es su pensamiento traerla a cierto grado de perfección, porque está sobre un plano totalmente errado. En ese plano no puede llevar al hombre a la gloria. Él insiste en un *nuevo* hombre; uno nacido de nuevo, nacido de Dios.

EL QUE TIENE AL HIJO TIENE LA VIDA

Existen varios niveles de vida. La vida humana está entre la vida de los animales y la vida de Dios. Nosotros no podemos cruzar la gran sima que nos separa del nivel superior y del nivel inferior, y la distancia que nos separa de la vida de Dios es mucho mayor que la que nos separa de la vida de los animales.

Ocurrió cierto día, en la China, que visité a un líder cristiano que se hallaba enfermo, y a quien llamaré Sr. Wong. Era un erudito, un Doctor en Filosofía, y se le tenía en mucha estima por todo el país por sus elevados

principios morales, y desde hacía tiempo se ocupaba en la obra cristiana. Pero no creía en la necesidad de la regeneración; proclamaba sólo un evangelio social.

Cuando fui a ver al Sr. Wong, el perrito de la casa estaba al lado de su cama. Después de que le hube hablado al Sr. Wong de las cosas de Dios y de la naturaleza de su obra en nosotros, señalando al perro, pregunté cómo se llamaba. Me dijo que Fido. “¿Fido es su nombre o su apellido?”, le pregunté (usando los términos chinos para ‘nombre personal’ y ‘nombre de familia’). Pues ese es su nombre, nada más”, me dijo. “¿Quiere decir que es su nombre de pila? ¿Puedo llamarlo Fido Wong?”, inquirí. “¡Claro que no!”, me replicó con énfasis, “Pero él vive en su familia”, continué. “¿Por qué no le llama Fido Wong?” Luego, señalando a sus dos hijas, le pregunté: “¿Sus hijas se llaman Srtas. Wong, no es verdad?” “Sí”. “Pues ¿entonces por qué no puedo llamar a su perro Sr. Wong?”

El doctor se rio, y yo pregunté: “¿Comprende ahora lo que quiero señalar? Sus hijas nacieron en su familia y tienen su apellido porque usted les ha comunicado su vida. Su perro puede ser muy inteligente, de muy buen comportamiento, en fin, un excelente perro, pero el asunto no consiste en saber si es un perro bueno o un perro malo. Se trata simplemente de esto: ¿Es un perro o no? No necesita ser malo para que sea rechazado de formar parte de su familia; sólo necesita ser lo que es, un perro. El mismo principio se aplica a usted en su relación con Dios. La cuestión no consiste en si usted es hombre bueno o malo; consiste en si es *hombre*, ¿sí o no? Si su vida no es ‘vida de Dios’, y está en un nivel más bajo, entonces usted no puede pertenecer a la familia de Dios.

Sr. Wong, durante su vida usted ha procurado transformar a hombres malos en buenos por medio de su predicación. Pero sin abandonar el nivel de hombres, trátense de hombres buenos o malos, no es posible tener relación vital alguna con Dios. Nuestra única esperanza está en recibir al Hijo de Dios, y cuando hacemos esto, **su** vida en nosotros nos constituye en hijos de Dios”.

El doctor vio la verdad, y ese día fue hecho miembro de la familia de Dios al recibir al Hijo de Dios en su corazón.

LO QUE SIGNIFICA ESTAR ‘EN CRISTO’

Lo que hoy poseemos en Cristo es más que lo que tenía Adán. Adán fue sólo un hombre desarrollándose a sí mismo, y nunca poseyó la vida de Dios. Pero nosotros que recibimos al Hijo de Dios, no sólo recibimos perdón de pecados; recibimos la vida divina representada por el árbol de vida. Así que, por el nuevo nacimiento tenemos algo que nunca tuvo Adán: poseemos lo que él perdió.

Dios está introduciendo en la compañía de los redimidos a los que nada tienen de Adán, pero todo de Cristo. ¿Por qué Dios necesita la Cruz? Porque nada perteneciente a Adán sirve para la gloria: nada perteneciente a la vieja creación sirve para la nueva. La Cruz debe cortar profundamente, separando todo lo que pertenece a la vieja vida, y la resurrección debe reunir todo lo necesario para la nueva vida. Todo debe abandonarse hasta que podamos decir en verdad: “No puedo yo hacer nada por mí mismo”. Estas son las palabras del *Hijo* y también deben llegar a ser las de los *hijos*.

Dios desea hijos y que estén en la gloria, “coherederos con Cristo” (Ro. 8:17). Esto es su propósito; pero ¿cómo puede lograrlo? Leemos en Hebreos 2:10-11: “Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por

quien todas las cosas subsisten, que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al Autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos: por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos”.

Aquí se mencionan dos partícipes, a saber, “muchos hijos” y “el Autor de su salvación”; o en otras palabras “los que son santificados” y “el que santifica”. Pero estos dos partícipes, “de uno son todos”, todos de un solo origen. ¿Te das cuenta que tenemos la misma vida? Eso no nos hace divinos, pero nos hace “hijos de Dios”. Podemos vivir una vida de perfecta santidad, porque no es nuestra propia vida que ha sido cambiada, sino que nos es impartida la misma vida de Dios. Este es el precioso “don de Dios” (Ro. 6:23). La redención nos ha dado mucho más que jamás tuviera Adán. Nos ha hecho participantes de la misma vida de Dios.

¿Quién me libraré? es el clamor de Romanos 7, pero Romanos 8 nos da la respuesta. La exclamación de alabanza de Pablo es “¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!” (Ro. 7:25).

Así que, aprendemos que la vida que gozamos es la del Señor Jesucristo solo. La vida cristiana no es vivir una vida parecida a la de Cristo, o tratar de que sea parecida, ni tampoco es Cristo dándonos el poder para vivir de manera parecida a su vida. Es *Cristo Mismo viviendo* su propia vida en nosotros: “**Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí**” (Gá. 2:20). “Cristo en vosotros, la esperanza de GLORIA” (Col. 1:27).

9

UN CUERPO EN CRISTO

Antes de pasar a considerar nuestro último tema de importancia, miremos de nuevo los pasos ya dados. Hemos procurado presentar las cosas de una manera sencilla, y explicar de un modo claro algunas de las experiencias que los creyentes suelen tener. Pero desde luego, son muchos los nuevos descubrimientos que hacemos al andar con el Señor, y debemos cuidarnos de no simplificar demasiado la obra de Dios. Hacerlo nos llevaría a serias confusiones.

Hay hijos de Dios que creen que toda nuestra salvación, en la que incluirían el asunto de vivir una vida santa, consiste en un debido aprecio del valor de la preciosa Sangre. Con razón subrayan la importancia de llevar ‘cuentas cortas’ con Dios en cuanto a pecados conocidos, y de la eficacia continua de la Sangre para limpiar los pecados cometidos, pero ellos piensan en la Sangre como haciéndolo todo. Creen en una santidad que sólo significa separación: que Dios, sobre la base de la Sangre derramada, separa a un hombre del mundo para hacerle suyo, y que eso es santidad; y allí se quedan. Así permanecen sin alcanzar las demandas básicas de Dios y por lo tanto la provisión completa que Él ha hecho. Creo que ya hemos visto claramente que esto no basta.

Luego hay los que van más adelante y ven que Dios los ha incluido en la muerte de su Hijo en la Cruz para librarlos del poder del pecado y de la ley, por crucificar al hombre viejo. Estos son los que en verdad ejercen fe en el Señor, porque se glorían en Cristo Jesús y han dejado de confiar en la carne (Fil. 3:3). En los tales Dios tiene fundamento seguro sobre el cual edificar, y desde ese punto inicial muchos han progresado aún más y han reconocido que la consagración (en su sentido verdadero) significa entregarse sin reserva en sus manos y seguirle. Todos éstos son los primeros pasos y,

desde este punto, ya hemos tocado otras fases de la experiencia que Dios nos presenta y que muchos gozan. Es indispensable recordar que, mientras cada una es un fragmento de la verdad, ninguna en sí es *toda* la verdad. Todas llegan hasta nosotros como fruto de la obra de Cristo en la Cruz y no nos conviene ignorar ninguna.

Ya hemos mencionado el propósito de Dios en la creación y hemos dicho que abarcaba mucho más que lo que Adán llegó a gozar. ¿Cuál era aquel propósito? Dios quería tener una familia humana, cuyos integrantes tuvieran un espíritu por el cual pudieran gozar de comunión con El, quien es Espíritu. Aquella ‘familia’, poseyendo la vida de Dios mismo, cooperaría para alcanzar el blanco propuesto, desbaratando todo posible ataque del enemigo y deshaciendo sus obras malignas. Eso era el gran plan. ¿Cómo se efectuará ahora? La contestación se encuentra en la muerte del Señor Jesús. Es una muerte poderosa, positiva y premeditada, llegando mucho más allá de la recuperación de la posición perdida, porque por medio de ella, no sólo se trata con el pecado y el ‘hombre viejo’, anulando sus efectos, sino se introduce algo más, algo infinitamente mayor.

Ahora debemos tener presente dos pasajes de la Palabra, uno de Génesis 2 y otro de Efesios 5, que son de gran importancia en cuanto a esto.

EL AMOR DE CRISTO

“Entonces el SEÑOR hizo caer profundo sueño sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y de la costilla que el SEÑOR Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.” (Gn. 2:21-23).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificada, habiéndola purificado en el lavacro del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha” (Ef. 5:25-27).

En Efesios 5 tenemos el único capítulo de la Biblia que explica el pasaje de Génesis 2.

Lo que nos es presentado en Efesios es en verdad muy notable, si lo reflexionamos. Es lo que contiene las palabras: **“Cristo... amó a la iglesia”**. Aquí hay algo preciosísimo.

Se nos ha enseñado a pensar en nosotros como pecadores necesitando redención. Desde hace mucho tiempo esto nos ha sido inculcado, y damos gracias al Señor por esto como nuestro principio, pero no es lo que Dios contempla como *su meta*. Más bien, Dios habla aquí de una iglesia

“gloriosa... que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha”.

Así tenemos un aspecto de la muerte del Señor Jesús, en Efesios, que no se ve tan claramente en otros lugares. En Romanos se miran las cosas desde el punto de vista del hombre corrompido y, empezando con Cristo muriendo por “pecadores”, “enemigos” e “impíos” (Ro. 5), y se nos lleva paso a paso al “amor de Cristo” (Ro. 8:35). En Efesios, en cambio, el punto de vista es el de Dios “antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4) y la médula del evangelio es: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella” (Ef. 5:25). Así en Romanos es “todos pecaron”, y el mensaje es el del amor de Dios hacia los pecadores (Ro. 5:8); mientras que en Efesios es “Cristo

amó”, y el amor aquí es el del esposo hacia su esposa. Esta clase de amor, en el fondo, no tiene nada que ver con el pecado como tal. Lo que se ve en este pasaje no es expiación por el pecado sino la creación de la iglesia; por eso se declara que con este motivo Él se dio a Sí mismo.

Por consiguiente, hay un aspecto de la muerte del Señor Jesús que es completamente positivo y un asunto particularmente de amor hacia su iglesia, y en el cual no entra la cuestión del pecado y de los pecadores. Dios me libre de sugerir, siquiera, que el Señor Jesús no muriera para expiación. Alabado sea Dios, así lo hizo. Debemos recordar que hoy día estamos de verdad en Efesios 5 y no en Génesis 2. Efesios fue escrito *después* de la caída, a hombres que habían sufrido las consecuencias, y en la carta encontramos no sólo el propósito de la creación sino también las cicatrices dejadas por la caída. De otro modo no habría necesidad de referirse a “mancha ni arruga”. Por causa de que estamos todavía en este mundo y que la caída es un hecho histórico, hay necesidad de limpieza.

Sin embargo, siempre debemos considerar la redención como una interrupción, una 'medida de emergencia', que fue necesaria por causa del desvío de la línea recta del propósito de Dios. La redención es suficiente, y maravillosa, para ocupar un lugar muy grande en nuestra visión, pero Dios nos está indicando que no debemos pensar en ella como si fuera todo, *como si el hombre hubiera sido creado para ser redimido*. La caída es un desvío trágico en aquella línea propuesta, y la redención un restablecimiento bendito por el cual nuestros pecados se deshacen y somos restaurados; pero, una vez cumplido esto, queda todavía algo que hacer para que poseamos lo que Adán nunca poseyó, y para que Dios tenga lo que su corazón anhela. Porque Dios nunca ha abandonado el propósito que representa aquella línea recta. Adán nunca alcanzó a poseer la vida de Dios como se representa en el ‘árbol de vida’.

Pero sobre la base de la obra *única* del Señor Jesús, en su muerte y resurrección – esa obra que es única y suficiente -, la vida que emana de Él llega a estar a nuestro alcance por la fe, y así recibimos más de lo que poseyó Adán jamás... Y aquel propósito de Dios resulta realizable ‘en Cristo’, ya que recibimos a **Cristo** como nuestra vida.

Luego, también debemos notar que Eva no fue creada como un ser aparte, por medio de otra creación paralela a la de Adán. Adán durmió, y Eva fue creada de Adán. Así procede Dios con su iglesia. El “Segundo Hombre” de Dios, en su resurrección, se despertó de su “sueño” y se encontró con su esposa – tomada de Él -. Su iglesia es creada en Él y de Él y para Él. Recibe su vida de Él, para manifestar lo que es su Resurrección.

“EN SACRIFICIO VIVO”

Hemos notado que hay un aspecto de la muerte de Cristo, que se nos presenta en Efesios 5, que en cierto grado difiere del que hemos estudiado en Romanos. Sin embargo, es cierto que ese aspecto es el fin hacia el cual nuestro estudio de Romanos nos lleva, pues, como ahora veremos, la redención nos lleva otra vez a la línea original del propósito de Dios. En el capítulo 8, Pablo nos habla de Cristo como el Primogénito Hijo entre muchos hermanos. “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó” (Ro. 8:29-30). Aquí se ve que la

justificación lleva a la gloria, una gloria manifestada no en individuos por separado, sino en un conjunto: en los muchos que manifiestan la imagen de aquel Uno. Y, como hemos visto, es “el amor de Cristo” hacia los suyos, de que tratan los últimos versículos del capítulo (8:35-39). Este propósito de nuestra redención se revela. Luego lo que se sobreentiende aquí en el capítulo 8, se ve con claridad cuando llegamos al capítulo 12, cuyo tema es el Cuerpo de Cristo.

Después de los primeros ocho capítulos de Romanos, que hemos venido estudiando, sigue un paréntesis en el cual se trata del proceder soberano de Dios con Israel, antes de volver al tema de los primeros capítulos. Así para nuestro propósito actual, el razonamiento del capítulo 12 sigue al del capítulo 8 y no al del capítulo 11.

Podríamos resumir estos capítulos sencillamente de esta manera: Nuestros pecados son perdonados (capítulo 5), nosotros mismos somos muertos con Cristo (6), por naturaleza somos completamente impotentes (7), por lo tanto, confiamos en el Espíritu Santo que mora en nosotros (8). Después de esto, y como consecuencia, “somos un cuerpo en Cristo” (12). Es el resultado lógico de todo lo que antecede y la meta de todo ello. Romanos 12 y los capítulos siguientes contienen instrucciones muy prácticas para nuestra vida y nuestro andar. Estas se introducen con un nuevo énfasis sobre la consagración. En capítulo 6, v. 1:3, Pablo decía: “Presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia”. Sin embargo, aquí en capítulo 12, v. 1, el énfasis es un poco distinto. “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”. Esta nueva exhortación a la consagración se nos hace como a “hermanos”, recordándonos a los “muchos hermanos” del capítulo 8, v. 29. Es una llamada a dar un paso de fe juntos, el presentar nuestros cuerpos en *un* “sacrificio vivo” a Dios.

Esto es algo que sobrepasa lo meramente individual, e implica una contribución en conjunto. El “presentar” es personal, pero el sacrificio es colectivo; es *un* sacrificio. El ‘culto racional’, servicio inteligente, es *un* servicio. Nunca deberíamos pensar que nuestra contribución no se necesite, porque, si en verdad contribuye a aquel servicio, satisface a Dios. Y es por tal servicio que experimentamos “*cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*” (12:2) o, en otras palabras, alcanzamos el eterno propósito de Dios en Cristo Jesús. Así que, la llamada de Pablo “*a cada cual que está entre vosotros*” (12:3) se hace considerando esta nueva verdad divina de que nosotros, siendo muchos, “*somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros*” (12:5), y es sobre esta base que tenemos las instrucciones prácticas que siguen.

El instrumento por el cual el Señor Jesús puede revelarse a esta generación no es el individuo, sino el cuerpo. Dios repartió a cada uno una medida de fe (12:3), pero por separado cada miembro nunca puede cumplir el propósito de Dios. Se necesita un cuerpo entero para llegar a ser “un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13) y manifestar su gloria. ¡Oh, que en verdad comprendiéramos esto!

De esta manera Romanos 12:3-6 saca de la figura del cuerpo humano la enseñanza de nuestra dependencia mutua. Los creyentes por separado no constituyen ‘cuerpo’, pero los tales son miembros de ‘el Cuerpo’. En un cuerpo (humano) “no todos los miembros tienen la misma función” (12:4).

La oreja no debe pensar que es ojo. Ninguna plegaria, por más persistente que sea, dará vista a la oreja, pero todo el cuerpo (la oreja también) puede ver por medio del ojo. Del mismo modo (hablando en sentido figurado), aunque yo tenga sólo el don de oír, puedo ver por medio de otros que, sí, tienen el don de la vista; o tal vez pueda caminar con los pies, pero no trabajar, y por eso me sirvo de las manos.

Hay una cierta actitud que, en cuanto a las cosas de Dios, afirma que “sé lo que sé, y lo que no sé, no lo sé, y bien puedo prescindir de ello”. Pero *en Cristo* las cosas que no sepa uno, otros las saben, y juntos podemos saberlas y llegar a disfrutarlas por medio de ellos.

Permitidme hacer hincapié en que esto no es meramente un lindo pensamiento. Es un factor vital en la vida del pueblo de Dios. No podemos seguir el uno *sin* el otro. Es por esto que la comunión en oración tiene tanta importancia. La oración juntos hace valer la contribución de los demás miembros del Cuerpo, como se ve claramente en Mateo 18:19-20. Confiar en el Señor - yo solo - tal vez no resultaría suficiente. Debo confiar en Él, *juntamente con otros*. Debo aprender a orar “Padre *nuestro*...” sobre la base de nuestra unión con el Cuerpo, porque, sin la contribución de otros miembros del Cuerpo, no puedo alcanzar el blanco. En la esfera del servicio (o ministerio), esto se ve aún más claramente. Yo solo no puedo servir al Señor eficazmente, y Él hará todo lo posible para enseñarme esto. Hará fracasar las cosas, permitiendo que puertas se cierren y dejándome golpear la cabeza inútilmente contra la pared, hasta que me dé cuenta de que necesito la ayuda del Señor *por el Cuerpo*, además de la que recibo directamente de Él. Porque la vida de Cristo es la vida del Cuerpo, y sus dones son dados para la obra que edifica el Cuerpo.

El Cuerpo de Cristo no es una mera ilustración, sino una realidad. La Biblia no dice que la iglesia es *parecida* a un cuerpo, sino que *es* el Cuerpo de Cristo. “Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Ro. 12:5). Todos los miembros juntos son un cuerpo, porque todos gozan de su vida, como si Él mismo se distribuyera entre sus miembros.

Una vez estuve con un grupo de creyentes que tenían dificultad en entender cómo el Cuerpo pudiera ser uno, siendo los que lo forman todos hombres y mujeres distintos. Un domingo, estando por ‘partir el pan’, les pedí que observaran bien el pan antes que fuera partido. Luego, después que había sido repartido y comido, les hice notar que, aunque se encontraba dentro de cada uno de ellos, todavía era **un** pan, no muchos panes. El pan se dividió, pero Cristo no es dividido, ni aun en ese sentido. Él permanece siendo un Espíritu en nosotros, y nosotros todos somos uno en Él.

Esto es exactamente lo opuesto a la condición natural del hombre. En Adán tengo la vida de Adán, pero ésa es esencialmente individual. El pecado no trae unión, ni comunión, sino sólo interés propio y desconfianza de otros. A medida que siga adelante con el Señor, pronto descubro que no sólo hay que resolver el problema del pecado y de mi energía natural, sino también el de mi vida individualista, la vida que cree ser suficiente en sí y que no reconoce su necesidad del Cuerpo, ni la verdad de su unión con él. Puede ser que ya haya resuelto los problemas del pecado y de la carne, y que, sin embargo, siga siendo un decidido individualista. Solamente anhela la santidad y la victoria y el fruto para sí mismo, aunque por motivos sinceros. Pero tal actitud ignora al Cuerpo y por lo tanto no puede satisfacer a Dios. Él tiene que hacer algo en mi vida en cuanto a este asunto también, o si no,

quedaré en oposición a su propósito. Dios no me culpa por ser individuo, sino por ser *individualista*. Su problema más grande no son las divisiones externas y las denominaciones que dividen su iglesia, sino nuestros propios corazones individualistas.

Sí, la Cruz tiene que hacer su obra aquí, recordándome que en Cristo he muerto a aquella vida vieja de independencia que heredé de Adán y que en la resurrección he llegado a ser, no meramente un creyente individual en Cristo, sino un “miembro de su Cuerpo”. Hay una diferencia tremenda entre estos dos. Cuando yo vea esto, en seguida dejaré de andar en independencia y buscaré la comunión. La vida de Cristo en mí busca el contacto con la vida de Cristo en otros. Ya no puedo seguir un camino propio y solitario. Los celos ya no existirán. La rivalidad dejará de existir. Obra propia no puede haber. Mis preferencias, mis ambiciones, mis intereses, todos se someterán. Ya no será de importancia cuál de nosotros hace la obra. Sólo será de importancia que el Cuerpo se desarrolle.

Dije: “Cuando yo vea esto...” Ahí está la gran necesidad: *ver el Cuerpo de Cristo* como otra verdad grande y divina; que penetre hasta lo íntimo de nuestro corazón por la revelación divina, que “*muchos* somos *un* cuerpo en Cristo”. Solamente el Espíritu Santo puede hacernos comprender esto en todo su significado; pero cuando esto suceda, se transformará nuestra vida y servicio.

“MÁS QUE VENCEDORES POR MEDIO DE AQUEL...” “

Nosotros sólo miramos la historia desde la Caída del hombre en Edén. Dios la ve desde el principio. Había algo en la mente de Dios *antes* de la Caída, y en los siglos venideros eso se cumplirá cabalmente. Dios sabía todo lo del pecado y de la redención; sin embargo en su gran propósito para la iglesia, expuesta en Génesis 2, no se contempla el pecado. Es como si en su mente Él pasara por encima de toda la historia de la redención y viera a la iglesia en la eternidad futura. Es el Cuerpo de Cristo en gloria. No refleja nada del hombre caído, sino sólo aquello que es la imagen del glorificado Hijo del hombre. *Esta* es la iglesia que ha satisfecho el corazón de Dios y que ha recibido el dominio.

En Efesios 5 estamos aún dentro de la historia de la redención, y sin embargo, por gracia, tenemos todavía ante nosotros este eterno propósito de Dios, expresado en las palabras: “... **a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa**”. Pero notemos una necesidad. Para preparar a la iglesia (todavía manchada por los efectos de la ‘caída en el pecado’), hacen falta el agua de vida y el lavacro de la Palabra. Esto es para que pueda ser presentada a Cristo en gloria. Hay defectos que corregir y heridas que sanar. Pero, ¡cuán preciosa es la promesa y cuán llenas de gracia las palabras, “**que no tuviese mancha**”! Las cicatrices del pecado, cuya historia misma estará ya olvidada, y las “arrugas” - señales de edad y de tiempo perdido - todo será nuevo, y ella será “santa y sin mancha”, para que ni Satanás ni los demonios, ni los hombres, puedan encontrar motivos para acusarla. Aquí es donde estamos ahora. Esta época ya toca a su fin y el poder de Satanás se manifiesta más que nunca. Nuestra lucha es contra ángeles, principados y potestades (Ro. 8:38; Ef. 6:12), que se oponen, y procuran destruir la obra de Dios en nuestras vidas, acusando a los escogidos de Dios. Solos nunca podríamos afrontarlos, pero lo que no podemos hacer nosotros solos, la iglesia puede. El pecado, la autoconfianza y el individualismo han

sido el golpe maestro contra el propósito divino para el hombre, pero la Cruz ha sido la respuesta estratégica de Dios.

Así, poniendo nuestra fe en lo que Él ha hecho, en “Dios... que justifica” y en “Cristo... que murió” (Ro. 8:33-34), presentamos un frente contra el cual las mismas puertas del Hades no prevalecerán. Nosotros, su iglesia, **“somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”** (Ro. 8:37).

